

Cuentos de mi pueblo encantado

CUENTOS
DE MI PUEBLO ENCANTADO

SILVINA BRIZUELA



Brizuela, Silvina

Cuentos de mi pueblo encantado / Silvina Brizuela. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Imprenta de libros, 2022.

128 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-8910-53-6

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos Infantiles. 3. Literatura Infantil. I. Título.

CDD A863.9282

Cuentos de mi pueblo encantado

® Carabel, 2022

® Silvina Brizuela

Diseño: Carabel

Primera edición en Carabel, 2022

José Espinoza Fuentes 823, col. Escuadrón 201,
09060, Iztapalapa, CDMX, México.

<http://carabel.com.mx>

lccarabel@gmail.com

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro
sin el permiso por escrito de Carabel.

Prólogo

Desde siempre, la humanidad se ha visto forzada a preservar la memoria. Códices, papiros, pinturas rupestres son vestigios de la necesidad de perpetuar el progreso de la civilización. Cada uno de estos legados son parte de una historia, de muchas historias. La colección de relatos que estamos a punto de comenzar sugiere esta imperiosa e ineludible ratificación de la continuidad de las voces que fueron forjando la identidad de cada región. No renunciamos a la admiración por aquello que somos incapaces de nombrar sin abrir las trampillas que preservan la memoria y que, sin buscarlo, traspasa los límites de nuestros sentidos corporales. *Cuentos de mi pueblo encantado* es una compilación de relatos ubicados en otra geografía y en otra temporalidad escrita en un renovado estilo con la precisión de un orfebre. Esta colección de cuentos no escapa de la magia de nuestras localidades latinoamericanas, algunos de sus personajes atienden a aquel nombre propio que ha sido perpetuado por generaciones y que ahora parece

haber caído en desuso: Nolberto, Yedelmira, Miguelina son algunos de los inmortales apelativos que se eternizan en estos relatos.

Con la certeza de quien habita la nostalgia, tomaremos la fuerza de la naturaleza y todo el verde del verano de la provincia argentina de Jujuy para deambular por los parajes, conocer los orígenes de Ledesma, su fundación, el ingenio azucarero, asistir a la cosecha, vivir la zafra, conversar con sus habitantes que celosamente guardan sus secretos; daremos cuenta de tradiciones y lugares insospechados que nos obligarán a retroceder en el tiempo con la intención de revivir los momentos más significativos de cada uno de estos personajes que insisten en no ser relegados y apartados de la historia local.

Encuentros con seres que habitan los sueños: curanderas, bestias y almas errabundas que pertenecen a una tradición local —lejos del bullicio de las grandes urbes— forman parte de los protagonistas de estas narraciones cuyos escenarios son lugares en donde el ruido del tráfico, los humos de las fábricas todavía no logran acaparar la totalidad del entorno. La geografía y los puntos cardinales nos conducen entre momentos, días, horarios de siesta, horarios de comida, horarios de trabajo y momentos de ensoñación.

Silvina Brizuela es capaz de convertirse en maquinista e invitarnos a recorrer la provincia ar-

gentina de Jujuy en un viaje por tren. Cual guía de turistas —erudita y generosa— nos va mostrando los sitios, los recuerdos, las palabras, los protagonistas a través de la ventana que siempre está abierta con vidrios increíblemente pulcros. Como si se tratase de magia, al abordar este tren, podemos constatar que cada rincón del paisaje es nítido, preciso, manifiesto. Lo triste, lo doloroso, lo inmerecido se transforma en posibilidad de salvación, y, aunque no hay segundas oportunidades, el transitar por otros tiempos, otros ambientes y otras costumbres nos vuelve cómplices de esta imperecedera lucha contra el olvido.

Nora Lizet Castillo Aguirre
Escritora

Presentación

Tus hijos no son tus hijos,
son hijos e hijas de la vida,
deseosa de sí misma.

No vienen de ti,
sino a través de ti,
y aunque estén contigo,
no te pertenecen.

Puedes darles tu amor,
pero no tus pensamientos,
pues ellos tienen sus propios pensamientos.

Puedes abrigar sus cuerpos,
pero no sus almas,
porque ellos
viven en la casa del mañana,
que no puedes visitar,
ni siquiera en sueños.

(...)

Khalil Gibran

Quiénes somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos son algunos de los grandes cuestionamientos de la humanidad. Ninguna persona posee la verdad absoluta, ni siquiera quienes ostentan gran inteligencia, sabiduría y sensibilidad.

Pero de lo que sí estamos seguros, y no es ninguna novedad, es que somos como somos debido a las experiencias personales, historias, alegrías y tristezas que hemos vivido en carne propia o heredado de nuestros antepasados.

En mis años de vida, he fluido decentemente por los lugares en que me ha tocado residir, compartir con otras personas, aprender, trabajar, parir y ver crecer a mis hijas. Tengo miles de historias para contar. Pero cuando me siento frente a la computadora, dispuesta a escribir, los recuerdos de mi infancia son los primeros en venir a mi mente, tan claros y tan brutalmente reales que no puedo más que darles pista, aun a pesar de haber dejado hace muchos años mi querida tierra.

Este libro es el resultado de algunos de esos recuerdos que insisten en volverse relatos. Situados en el pueblo donde nací y crecí, en el norte argentino, he tenido que volar varias veces en los últimos meses, entre despierta y dormida, días y noches enteras, para volver a ver las veredas de la plaza, las hamacas del parque, los colores y la frescura de los árboles, de la caña de azúcar. También para escuchar los coyuyos, las ranas, el sonido del viento norte, la risa de los niños corriendo patapila por la tierra barrosa y el crepitar de las hojas secas de otoño al caminar sobre ellas. Con sorpresa descubrí que, dentro de mí, todavía tengo presente el olor fuerte y dulce del

bagazo, el perfume de un mango maduro, de la humedad tropical de las yungas y el intenso calor de los veranos.

Los personajes protagonistas de estos relatos, así como las historias, están basadas en uno o varios personajes del pueblo a quienes he tratado de conferirles el espíritu que los caracterizaba.

Les presento entonces, con mucha emoción, mi primer libro de cuentos. Espero que los disfruten.

Calilegua y su famosa sala

La ciudad de Libertador General San Martín se encuentra al noreste de la provincia de Jujuy, en la zona de los Valles. La ruta nacional 34, que termina en la frontera con Bolivia, es el camino obligado para llegar. Actualmente, la ruta cruza casi por el medio de la ciudad pero, cuando mis bisabuelos llegaron, a inicios del siglo XX, el pueblo contaba con sólo ocho manzanas, se llamaba Pueblo Nuevo y la escuela alcanzaba hasta la educación primaria. Años más tarde, el caserío fue rebautizado como Pueblo de Ledesma, debido al ingenio azucarero del mismo nombre que daba trabajo a casi todos los habitantes de la zona. Un tiempo después, recibió el nombre definitivo de Libertador General San Martín.

Según los historiadores, el nombre de Ledesma se debe al primer fuerte construido por Martín Ledesma Valderrama, por el año 1626. La zona fue habitada por los jesuitas durante algunos años hasta su expulsión. En 1778, el rey Carlos IV le con-

cedió al comerciante y comandante español don Gregorio de Zegada las tierras que en la actualidad forman parte del pueblo de Calilegua, a escasos dos kilómetros de Libertador General San Martín. Fue el mismo Zegada quien ingresó la caña de azúcar a su finca y quien construyó una magnífica casa en aquellos terrenos. Éstos pasaron luego a manos de don Carlos Sevilla, quien siguió con el cultivo de la caña hasta que en el año 1807 vendió toda la propiedad a don José Ramírez de Ovejero. En manos de los Ovejero la empresa azucarera se consolidó como una de las más importantes de la provincia y, años más tarde, del país.

Con la llegada del ferrocarril en 1906, al case-río Pueblo Nuevo fueron arribando inmigrantes sirios y libaneses, luego españoles, entre ellos mis antepasados de la línea materna, doña Basilia García y don Primitivo Cil. Con el correr de los años, el pueblo de Ledesma y su vecino Calilegua fueron creciendo al ritmo del ingenio, rodeado de vastas plantaciones de cañas de azúcar. La mano de obra para la cosecha y la zafra se estableció en lotes, pequeños conjuntos de viviendas un poco alejados del pueblo, donde los trabajadores recibían alojamiento, comida y servicios básicos.

Algunos instalaron sus viviendas definitivas en Calilegua; en gran porcentaje se trataba de originarios de antiguos pobladores guaraníes y collas. La sala, o casa principal del antiguo terreno de los

Zegada, fue quedando escondida entre la exuberante vegetación y se volvió un ícono intocable, inhabitada y descuidada por muchos años hasta que, en 1955, la empresa azucarera compró los terrenos e inició un periodo de restauración.

Para ese entonces, el caserío de Calilegua contaba con un almacén, una pequeña iglesia y una plaza. Cuentan estos primeros habitantes que, desde el principio, algunos ruidos extraños provenientes de los terrenos que rodeaban la sala los espantaban y mantenían alejados. Con el inicio de los trabajos de desmalezamiento por parte de la empresa, los sucesos extraños empezaron a ocurrir cada vez más a menudo. Los vecinos tenían pavor y, en cuanto se iba la luz del sol, procuraban no salir de sus casas por miedo a las ánimas que deambulaban por las calles del pequeño pueblo. En la quietud y el silencio absoluto del ocaso, entre los eucaliptos, los lapachos, los palos borrachos y la frondosa vegetación, se escuchaban cantos, lamentaciones y gritos sepulcrales. Los habitantes de aquel paraje respetaban a las ánimas en pena y no traspasaban los límites del terreno. Pero las máquinas del ingenio, sin percatarse de las advertencias de los pobladores, insistían en continuar los trabajos.

Los vecinos colgaban cruces en sus puertas, prendían sahumerios, le pedían al dios guaraní kaa iya que los protegiera y dormían con alguna

luz o vela encendida. Hasta los mismos trabajadores y operarios de las máquinas tenían miedo de entrar a los terrenos de la finca.

Un día, finalmente, los trabajadores lograron desmalezar lo suficiente para llegar hasta la construcción colonial, la antigua casa de los Zegada, en el centro del terreno. Sus paredes y techos estaban totalmente cubiertos de enredaderas y plantas de diversos tamaños. Algunas de sus raíces salían del interior mismo de las viejas paredes de adobe. Los cimientos estaban enmohecidos, debido a las lluvias torrenciales de los calurosos veranos y al paso del tiempo. Las macizas puertas de hierro estaban cerradas con grandes candados, y las ventanas tapadas con listones de madera de algarrobo.

Esa misma noche, el terror se apoderó de los habitantes de Calilegua, pues los gritos y lamentos los aturdieron hasta el amanecer. Nadie durmió.

Por la mañana, integrantes de la comunidad colla-guaraní se pararon enfrente de las máquinas, tratando de evitar que volvieran a entrar, advirtiéndoles de la ferocidad de las ánimas cuando son molestadas. Fue inútil, pues tenían la orden de continuar con las obras. Los trabajadores entraron, asustados, machete en mano, con el corazón latiendo frenéticamente, pero obedientes a la orden de la empresa.

Los días se sucedían, el trabajo también, y las noches se volvieron cada vez más insoportables.

Los habitantes de Calilegua volvieron a rogar, a suplicar que pararan los trabajos, pero no lo consiguieron. Entonces a Ceferino, uno de los caciques colla, se le ocurrió que era hora de consultar a Teófila, la anciana más vieja de la comunidad. Ella sabía cómo lidiar con la situación.

Teófila vivía en un rancho de madera con piso de tierra, pegado a la plantación de caña de azúcar, a metros de la estación del tren. De estatura baja y andar lento, con su cara surcada de arrugas, la piel de bronce y una blanca y larga cabellera peinada en una trenza, toda ella representaba los rasgos propios de una cultura ancestral. Cuando llegó Ceferino, la encontró sentada en un tronco, bajo la sombra fresca de una vieja higuera. Portaba un vestido morado largo, sin mangas; tenía sus ojos cerrados, con la cara dirigida al cielo.

—Permiso, doña Teófila, ¿puedo hablarle?

—Ya sé para qué vienes, hijo —respondió Teófila aún sin abrir los ojos—. Las almas en pena no nos dejan dormir, se quejan, no quieren que las molesten, hijo mío.

—Sí, pero el ingenio sigue los trabajos, y no va a parar.

—Tienen que pedirles permiso. Del mismo modo que cuando entramos al monte a cazar o a pescar. Hagan eso, hijo.

—Así lo haremos, Teófila —dijo Ceferino, midiendo sus palabras, tratando de no molestar a la

ipaye—. Sólo una pregunta más, ¿usted sabe de quiénes son esas almas?

Teófila calló por un largo rato, luego habló:

—Son las mujeres y niños de nuestros ancestros que lloran por sus hombres caídos en la lucha. Algunas de ellas, escondidas adentro de los palos borrachos, murieron asfixiadas, de hambre o de sed. Ahí adentro se metían durante días enteros para esconderse de los invasores. Pocas lograban sobrevivir. La muerte está sembrada en esa finca, muchacho. Pídanles permiso, pídanles perdón con el corazón.

Siguiendo las instrucciones de la anciana, al día siguiente, cuando apenas empezaba a amanecer, Ceferino y algunos miembros de la comunidad, vestidos con sus trajes típicos, hicieron un pozo en la tierra delante de la entrada a la sala de Calilegua. En ese pozo pusieron hojas de coca, cigarrillos encendidos y vino, mientras rezaban: "kaa iya, venimos a pedirle permiso, que las máquinas y los hombres puedan entrar a este lugar; no nos hagan daño, no queremos molestarlos. Almas en pena, ya no lloren más, déjenos descansar".

Así estuvieron largo rato, repitiendo las frases como mantras, acompañados de la quena y la caja, hasta que empezaron a llegar los trabajadores con sus máquinas y machetes para retomar su labor.

Desde aquella misma noche, los gritos y lamentos desaparecieron, los habitantes volvieron a dis-

frutar de pacíficos descansos, y los trabajadores pudieron limpiar el terreno y la sala de Calilegua. Hoy en día, la finca ostenta orgullosa cientos de especies de árboles y plantas autóctonas, un paraíso que se nutre de su bendita tierra fértil. Un valioso tesoro, único en la provincia.

El familiar

La vida simple y aburrida de don Julio Zamora se vio interrumpida una mañana fría de mayo de 1966. Aquel día se levantó como siempre, sin necesidad de poner su alarma, a las cuatro y cuarenta y cinco de la mañana. Reavivó fácilmente el fuego del brasero en el que apenas quedaban algunas pocas chispas encendidas, y puso el jarro para que hirviera el agua. A lo lejos escuchó el silbato de la fábrica de azúcar, que marcaba puntual las cinco de la mañana, horario en el que entraban los trabajadores a la fábrica.

Don Zamora vivía a las afueras del pueblo de Ledesma, justo al borde de los terrenos llenos de cañaverales, propiedad del ingenio azucarero. No tenía vecinos; era el único que se había animado a construir su casa tan cerca de las plantaciones de cañas de azúcar.

Antes trabajaba en la fábrica, en la cosecha, cuando todavía no había tantas máquinas y el trabajo se hacía mayormente de forma manual, a machetazos. Trabajó allí hasta que tuvo el lamen-

table accidente: mientras recogía las cañas que ya había cortado del suelo, un compañero que no lo vio le cortó medio brazo izquierdo de un solo machetazo. Fue una tragedia con suerte, decía don Zamora, pues a los cincuenta y cinco años tuvo que retirarse. Con la indemnización que le dio la empresa, compró el terreno frente al cañaveral y construyó su digna casita de material. La pensión por invalidez permitía mantener sus gastos y los de su esposa, Serena, e incluso podían darse algunos gustos. No tenían hijos, ni deudas, ni preocupaciones.

El mismo día que cumplió los sesenta años, don Zamora se quedó viudo. Doña Serena tenía una salud frágil, hacía años que padecía afecciones cardiacas, y en la mañana del cumpleaños ella ya no despertó. Así que don Zamora, lleno de tristeza, se quedó solo en aquella casa, mirando los cañaverales. No esperaba mucho más de la vida, sólo pasarla hasta que el Tata Dios lo llamara. Sus días eran monótonos y tranquilos, hasta aquel día.

Don Zamora calculó que pasaron unos quince minutos desde que sonó el silbato de la fábrica hasta que su perro empezó a ladrar con furia. "Shhhhh, callate, viejo loco", le gritaba desde la ventana a su perro mestizo, que era negro, fuerte y rudo. Pero él seguía ladrando, desesperado. Le resultó muy extraño, así que tomó su gamulán café y salió, machete en mano, linterna bajo su

medio brazo izquierdo, a ver qué andaba causando tanto ladrido y alboroto.

La mañana seguía oscura. En pleno otoño, el sol salía como a las siete cincuenta de la mañana. Un viento helado lo obligó a subirse el cuello del gamulán. Caminó hacia donde se escuchaban los ladridos desaforados de su perro, al costado del terreno, justo al límite de su propiedad, marcado por un cerco de alambre de púas. Él mismo lo había instalado hacía ya unos cinco años, para mantener a animales y a personas inesperadas lejos de su propiedad. Nunca tuvo ningún problema: ya nadie lo visitaba, ni siquiera alguna corzuela de esas que suele haber por los cañaverales. Por eso, cuando llegó hasta el cerco y alumbró con la linterna, tuvo que ajustar la vista varias veces hasta poder entender lo que estaba viendo. Claramente alguien (o algo) había tratado de entrar, porque el alambre de púas estaba retorcido y doblado, y había un incipiente agujero. El perro aún no se calmaba, aunque don Zamora no veía ninguna presencia extraña en el lugar. Decidió volver a la casa, tomar su mate cocido y esperar hasta que clareara, para empezar a arreglar el alambre de púas.

Para el mediodía, el cerco estaba totalmente reparado, tenso, como nuevo. Y don Zamora prosiguió su día como ordinariamente lo hacía. Varias veces pensó en lo que había ocurrido aquella madrugada, pero no se alarmó, así que, por la noche,

en cuanto terminó de lavar el plato y el vaso que usó para su cena, se fue a dormir. Quien sea, o lo que sea, que haya querido entrar seguramente no volvería a intentarlo. Las púas tan afiladas del cerco habrían cumplido su misión y lo habrían lastimado bastante, además, el perro lo habría asustado con sus ladridos. Así que se durmió enseguida.

A las cuatro treinta de la madrugada fría y oscura del día siguiente, don Zamora se despertó por los ladridos desesperados de su perro, mezclados con un aullido espeluznante que hasta el momento desconocía. El aullido sonaba como de lobo con rabia; claramente no era su perro, tenía que ser otro animal, pero ¿cuál? No podía imaginarlo. Afuera, la mezcla de ladridos, aullidos y bramidos no paraban. Don Zamora decidió investigar, se arropó con su gamulán, tomó la linterna bajo su brazo manco, el machete en mano derecha y salió raudo hacia el lugar de donde provenía la batahola. Iluminó el sitio y vio aquello de lo que tanto había escuchado hablar, pero que no creía que existiera: ¡el Familiar!

Ahí estaba, el Familiar, atrapado en su cerco de alambre de púas, luchando por zafarse. ¡El Familiar! El mismísimo diablo del que todos hablaban y al que todos temían, el que se cobraba una vida por año a cambio de una zafra exitosa. Se quedó perplejo. Estaba justo frente a él, sus ojos eran dos brasas encendidas, tenía una boca desmesurada-

mente grande y amenazante con enormes dientes afilados, un cuerpo como de lobo pero más grande, peludo, de patas con garras y pezuñas como cuchillas que atestaban contra el cerco en su lucha por liberarse. Al verlo, don Zamora calculó que ese animal de las tinieblas mediría más de dos metros, y que si lograba zafarse del cerco él no tendría salvación. Giró rápidamente sobre sí mismo y corrió a buscar la vieja escopeta que guardaba bajo la cama. En el apuro se le soltó la linterna de su brazo manco. El perro no paraba de ladrar frenéticamente. Don Zamora corrió lo más rápido que pudo, sacó la escopeta, pegó un manotazo al rosario de su difunta Serena que colgaba arriba de su cama y salió rápidamente.

Afuera, la batalla de aullidos, bramidos y ladridos no cesaba. Tenía que encontrar la linterna, pero se dio cuenta de que no podría sostenerla. En cuanto puso un pie afuera, la vio tirada apenas a una corta distancia del Familiar, que seguía haciendo movimientos espasmódicos para soltarse de las púas. Decidió cargar la escopeta mientras se acercaba. No podía errar. No necesitaba la linterna. Dio unos pasos hacia el animal y, cuando lo tuvo bastante cerca, vio los ojos furiosos y las fauces abiertas abalanzarse directo sobre él. De un zarpazo le hizo volar la escopeta, en milésimas de segundos lo tiró al suelo y lo inmovilizó con sus fuertes patas, mientras que con los afilados

colmillos empezó su faena desgarrándole la cara y saboreando la sangre que tanto lo excitaba.

Cumplida la ofrenda, ese año la cosecha fue exitosa.

La abuela que volaba

Celmira nació entre los cerros y las montañas desérticas de la puna catamarqueña, más o menos por el mes de marzo de 1925. Su madre, doña Nicéfora Saracho, atendida por una de las curanderas comadronas del pequeño paraje donde vivía, dio a luz sin ningún esfuerzo a la pequeña niña, su séptima y última hija, que no había llegado a cumplir los siete meses dentro de su vientre. La recién nacida era puro hueso, de piel morena, con un vello suave y abundante en casi todo el cuerpo.

En aquel paraje no había hospitales ni centros de atención primaria. Así que, cuando los padres notaron que su pequeña hija tenía seis dedos en sus manos, no hicieron más que levantar las cejas en señal de un tímido asombro.

No se preocuparon, no pensaron en viajar a la ciudad para hacer consultas médicas. La pequeña tomaba la teta con avidez y mucha energía, por lo que no tenían ninguna razón para preocuparse. Además, vivían muy lejos, no tenían dinero para estar yendo a la ciudad. Al fin y al cabo, aquella

singularidad no era grave y pronto pasó al olvido. El sexto dedo tenía la forma del pulgar, sólo que un poco más pequeño, y nacía justo en la base de ese mismo dedo, del lado externo de la mano, es decir, opuesto al índice.

La niña crecía silenciosa en medio del campo lleno de nogales, entre vacas, ovejas, burros y llamas. La familia se dedicaba a la cosecha de nueces. Desde muy pequeños, los niños ayudaban a sus padres a recoger la fruta que caía libremente de los altos y macizos árboles, en silencio, con una admirable capacidad innata de pasar desapercibidos. Los Saracho eran una familia que no tenía por costumbre hablar. Los bebés no lloraban, apenas se quejaban despacito o movían sus piernitas para demostrar que tenían hambre.

Acostumbrados a tanta mansedumbre y tranquilidad, tanta suavidad en los movimientos para evitar ruidos o sonidos inesperados, tanta calma, nadie dijo nada cuando vieron a Celmira levitar por primera vez. Tenía unos tres años, sus pies morenitos y descalzos se despegaron del suelo lentamente justo cuando ella intentaba agarrar una nuez que pendía de una de las ramas altas del viejo nogal, el más antiguo, que la familia apreciaba como un miembro más. En cuanto logró alcanzar la nuez, con la calma típica de algo que no excede la normalidad, Celmira volvió al suelo, para depositarla en el canasto donde estaba recolectando.

La segunda vez que la pequeña levitó, tenía cinco años. Su barrilete, un deformado rombo de tela de avión con varillas que lo cruzaban en forma de T, fue sorprendido por una brisa fuerte que lo depositó arriba de la copa del viejo nogal, frente a su casa. La pequeña, en silencio, estiró su mano apuntando a la copa del árbol donde se mecía el barrilete, y empezó a levantarse, suave, silenciosa y decorosamente sobre el suelo. Como si estuviera parada en el escalón de una escalera mecánica, Celmira llegó hasta donde estaba su juguete, lo tomó y volvió a bajar, con la misma calma y lentitud. Su madre, doña Nicéfora, la miraba desde la cocina, a través de una diminuta ventana, mientras preparaba la cena de aquel día.

—Oiga, Rolando, ¿no le parece raro que la niña vuele? —le preguntó Nicéfora aquella noche a su marido.

—Mmm, no, ella es especial. Ya ves que nació con seis dedos en cada mano.

—Sí, pero ¿volar...? No sé, Rolando, me da miedo que se caiga.

—No le va a pasar nada, mujer, si Diosito la hizo así, por algo ha de ser...

Celmira crecía, mientras aprendía a levitar, bajo el rayo poderoso del sol, o bajo la lluvia torrencial de los veranos, o contra el fuerte viento norte de la puna. Pronto notó que, cuando volaba bajo la lluvia, debía controlar más su velocidad.

Por probar acelerar una vez, fue a parar de espaldas contra un cactus de los cerros vecinos. Sangró y lloró en silencio mientras su madre le arrancaba una a una las espinas gruesas y puntiagudas que quedaron clavadas en su torso.

Su vecino más cercano, que vivía a unos tres kilómetros de la casa de los Saracho, la vio una vez cuando iba con su burro a llevarle unas damajuanas de vino a don Rolando; como no aguantó la curiosidad, preguntó si la niña estaba bien o si tal vez era de otro planeta. Doña Nicéfora lo miró de reojo y contestó: "Sí, ella está bien, y nació en este planeta". El vecino aceptó la respuesta, sin sobresalto, sin extrañeza, y se retiró tranquilo a lomo de burro, observando cómo el vestido de Celmira flameaba entre las ramas mientras cosechaba las nueces de la copa del nogal.

Los años pasaron y Celmira conoció a Nolberto, un joven callado y con cara de bonachón que había llegado a trabajar a la zona con los terratenientes en el esquilado de ovejas. Al poco tiempo, Nolberto le propuso casamiento, y la joven Celmira volaba de felicidad. Una felicidad silenciosa, apacible, discreta y reposada. El tipo de felicidad característica de la gente que tiene seis dedos en sus manos y vuela.

Celmira y Nolberto se casaron en una pequeña capilla de adobe escondida entre los cerros, un colorido día de otoño, mientras la brisa traía el polvo seco y la melodía de los sikuris desde lejos.

Los cerros de fondo ostentaban sus tonos ocres, violetas, naranjas, colorados, rosados. Terminada la sencilla ceremonia, con la bendición del sacerdote, Celmira abrazó muy fuerte al novio y juntos salieron volando, surcando el cielo celeste, diáfano, hasta las cumbres de los cerros.

La vida les regaló a Celmira y Nolberto catorce hijos: ninguno tuvo seis dedos en las manos y ninguno podía volar como su madre. De los catorce, sólo cuatro lograron sobrevivir a los doce años. Algunos murieron apenas nacidos, o camino al hospital, que quedaba a un día de recorrido a pie. Celmira los lloró a todos, a cada uno, toda su vida, en silencio, mientras amasaba pan con forma de personitas, o mientras cosechaba las nueces o tejía en telar con sus manos de seis dedos, arrugadas y secas por el clima arrasador de la puna.

Celmira murió de la misma manera que nació y vivió, en silencio. Sucedió un día cualquiera, durante la siesta, cansada de volar desde la casa de una de sus hijas.

Dicen que morir de esta manera, en silencio, sin sufrimiento, mientras duermen, es otra característica de la gente que nace con seis dedos y que vuela, como lo hacía Celmira, mi abuela paterna.

La excelencia en las montañas

Yedelmira Sánchez espera ansiosa el momento en que le tocará entrar en escena. Se siente incómoda en este mundo tan diferente al suyo. Llegó esta misma tarde, con el tiempo justo para prepararse antes de la ceremonia.

La señorita Deye, como la llaman sus alumnos, trabaja en una escuela rural de Valle Grande, en las Yungas, una región montañosa y selvática cerca de la frontera argentino-boliviana. Su vocación la llevó hasta ese lugar con apenas veintiún años y recién graduada como maestra. Su familia, muy humilde, había apoyado pagando sus estudios con mucho sacrificio, pues eran agricultores y carecían de recursos. Agradecida, la joven Deye estudió con mucho ahínco y se recibió de docente con las mejores calificaciones.

La escuelita donde enseña se ubica sobre un claro en el cerro Amarillo, a unos 2 700 metros sobre el nivel del mar. Hasta allí llegan sus quince alumnos, desde los parajes más cercanos, algunos a

lomo de mula, otros tras caminar varias horas. Los más afortunados llegan en bicicletas remendadas, a las que normalmente les faltan algunas partes.

Cada mañana, los alumnos cantan el himno nacional e izan la bandera. Luego, Deye les prepara el desayuno. Los niños más grandes ayudan a encender el fuego del brasero mientras ella amasa el pan y los más pequeños alistan la mesa. Entre tanta actividad, la maestra les canta las tablas de multiplicar o la canción del abecedario, inventan rimas, adivinanzas o recitan poesías.

Normalmente Deye se queda a dormir en la escuela, sobre todo durante la época de lluvia, cuando el camino por la selva se vuelve muy barroso y hay riesgos de desmoronamientos. Las temporadas se vuelven largas y difíciles, pero aun así, en quince años de trabajo, nunca se ha quejado. Se sabe afortunada, su vocación es fuerte y el resultado de sus esfuerzos, en aquellos niños tan humildes y genuinos, es la mejor paga.

Una mañana de mucho viento, con amenaza de tormenta, pasaban cerca de la escuela cuatro turistas, exploradores porteños, que bajaban desde lo alto de la montaña. Era muy temprano, el guía los llevaba hacia un refugio, pero el clima los forzó a desviarse y terminaron justo en frente de la austera escuelita de madera donde Deye y los niños empezaban la jornada escolar.

En cuanto los niños se percataron de la presencia de los visitantes, corrieron a saludar, tímidos,

con sus grandes ojos muy abiertos y ávidos de conocer a los recién llegados. Los hombres, entre sorprendidos y aliviados, aceptaron la invitación de la maestra a quedarse en la escuela para resguardarse del mal clima.

Deye y los niños actuaron como de costumbre, con la repartición de tareas al son de las tablas de multiplicar, las rimas inventadas y los poemas de Laura Devetach; mientras tanto, los visitantes calentaban café en una olla de barro y cortaban a mano un pan cacho recién horneado.

El temporal se estiró hasta la tarde, con vientos y tormentas intensas. Como en la pequeña escuela no había mucho espacio, los invitados se ubicaron al fondo del salón y presenciaron, encantados, la clase de la maestra Deye, quien siguió con las lecciones planificadas para aquel día.

Lo que no sabía Deye era que uno de esos hombres era Francisco de la Canal, director de Escuelas de la Nación, un viejo y reconocido lobo de mar dentro del ambiente educativo del país. Sentado en la última silla del salón, Francisco no daba crédito a lo que estaba presenciando: una clase magistral en una escuela rural en medio de las Yungas jujeñas. La maestra tenía vocación, empatía, cariño por los niños. Tomó notas, grabó videos con su celular y habló con ella una vez terminada las clases para consultarle acerca de sus experiencias y resultados. ¡Estaba impresionado!

Por eso, cuando volvió a Buenos Aires, lo primero que hizo fue postularla a los premios de excelencia educativa, razón por la cual Deye se encuentra aquí hoy, en el mismísimo Teatro Nacional de la Ciudad de Buenos Aires, a 1 800 kilómetros de su querida escuela. El presentador anuncia:

—Es el momento de entregar el mayor reconocimiento a un docente de nuestro país. Un premio a la trayectoria, a la vocación y la calidez humana. El premio a la excelencia a la mejor maestra de este año es para Yedelmira Sanchez, de las Yungas jujeñas.

Al escuchar su nombre, Deye camina tímidamente hacia el escenario, acompañada por los aplausos de los asistentes y las cámaras de televisión. Sus piernas tiemblan, siente que no podrá hablar, pero respira profundo, se acomoda el rebozo colorido y acerca su boca al micrófono. En su mente, tras los ojos vidriosos de emoción, recuerda las imágenes de su pueblo, sus niños descalzos, los caminos de barro, la escuelita en el cerro, la satisfacción que le genera ver a sus alumnos aprender.

Su discurso fue muy corto y emotivo. Acompañada por una caja, un instrumento musical autóctono de la región andina, Deye entona esta copla:

La alegría más grande
para esta humilde maestra,
es ayudar a los niños
a leer, escribir,
y hacer bien las cuentas.

Niños, canten y rían,
respeten la patria nuestra,
cuidemos a la Pachamama,
nuestra querida Madre Tierra.

Así de simple, y hermoso.
El mundo no cambia solo,
sino con el esfuerzo de todos.

El público aplaude de pie, emocionado, ante aquellas sinceras palabras de la pequeña maestra. El presidente de la entidad organizadora entrega el premio, se toman las fotos de rigor y Deye sonríe tímidamente.

A los pocos días vuelve al pueblo, a su escuela de madera entre los cerros. El sol dibuja ráfagas rosadas sobre el cielo celeste, los pájaros anuncian el inicio de una nueva jornada, el rocío cae suave sobre la tupida vegetación mientras Deye llena sus pulmones con el aire fresco y puro de las Yungas, se mimetiza con el entorno, la sonrisa aflora y el corazón rebalsa de alegría al reencontrarse con sus niños, su lugar, su esencia.

La Miguelina

Miguelina recorría con calma las pocas calles que la separaban de su casa. Era la hora de la siesta, el sol arremetía con fuerza, azotaba la piel con violencia, y el viento norte levantaba la polvareda fina y molesta que se pegaba a su piel. Ella caminaba con paso lento, buscando la sombra de los pocos paraísos que rompían las veredas con sus robustas raíces, a uno y otro lado de la calle. Volvía de ayudar en mi casa, donde limpiaba, ordenaba, planchaba y, además, nos cuidaba.

Miguelina era musical. Mientras realizaba su trabajo, tarareaba las melodías que corrían por sus venas nativas. Música que nace del sikus, el sikuri y la quena, instrumentos de viento formados por tubos de caña hueca de distintos largos que replican el silbido del viento cuando traspasa cerros y cactus. Nunca supe cómo lo hacía, pero ella podía transmitir esos sonidos, incluso el del charango, otro instrumento andino, compañero melodioso de veinte cuerdas, que suena a lluvia, a animales al pisar hierba, a agua de deshielo al caer entre las piedras.

Miguelina nos transportaba con su música suave hacia los cerros, la precordillera, el adobe y la sal. Era pequeña, bajita, con un largo cabello negro atado en una trenza. Parecía más grande, pero tenía la edad de mi madre. De sus cinco hijos, sólo la más pequeña era niña, Silvia, de mi edad. A veces ella acompañaba a su madre a mi casa y jugábamos hasta cansarnos.

Silvia era calladita, flaquita, tímida. Su voz suave era casi inaudible para mí. A veces me parecía que su piel también emitía una melodía andina, como su madre, mientras jugábamos a las muñecas, les dábamos de comer, las cambiábamos y las llevábamos a pasear, de un cuarto al otro. Miguelina no nos dejaba salir, afuera hacía mucho calor, y adentro, con las persianas bajas, se estaba mejor.

Un día, Silvia le pidió a Miguelina que me invitara a dormir a su casa. Yo no estaba segura, pero mi mamá me alentó a que aceptara, porque iba a ser una linda experiencia. Además, "¡Silvita es tan buena!", me dijo, para terminar de convencerme. En un pequeño bolso empaqué a mi muñeca Dolly, mi cepillo de dientes y mi pijama. Luego caminé de la mano de Silvita y Miguelina las diez cuadras hasta su casa, al calor de la siesta polvorienta del 1 de noviembre de aquel año.

La casa de Miguelina era grande, llena de cuartos pequeños a los que se accedía por pasillos angostos. Me costó trabajo entender aquella distri-

bución laberíntica de la casa. Quería ir al baño y terminaba en la cocina, quería volver al cuarto de Silvita y terminaba en la galería. En una de esas perdidas, abrí una puerta y me encontré con una joven de pelo negro y vaporoso, recostada sobre su cama, con la cabeza inclinada sobre uno de sus hombros.

—¿Estás perdida? —me preguntó suavemente, al momento que se levantaba y se acercaba para ayudarme.

—Sí, perdón, busco el cuarto de Silvia —le contesté aliviada por encontrar a alguien que me guiara, a la vez que notaba que la joven seguía con la cabeza inclinada mientras se acercaba hacia mí.

—No te preocupes, yo te muestro —me dijo, cariñosa—. Soy Antonina, la tía de Silvia. Vení, seguime —me propuso y la seguí.

Antonina era flaca, más alta que Miguelina y el resto de su familia; su peinado me parecía moderno y fabuloso, nunca había visto a nadie con ese cabello vaporoso, inflado y peinado hacia arriba, como una cresta orgullosa y perfecta, ni siquiera en las revistas. Pero lo que más me llamaba la atención era la manera en que reclinaba su cabeza sobre el hombro derecho, como si estuviera pegado, incluso cuando caminaba. Me parecía tan original.

—No es una moda, ella es así —me dijo Silvia cuando alabé a su tía tan moderna.

—¿Cómo así?

—Así, nació así, con el cuello doblado.

Por la tarde, Miguelina estuvo muy ocupada, iba y venía, dando órdenes a sus hijos para que vistieran la mesa con el mejor mantel y la vajilla coqueta "para la visita". A Silvia y a mí nos mandó a cortar flores de los canteros del jardín frontal. Mientras elegíamos las más bonitas, vi que otros vecinos hacían lo mismo.

—¿Qué se festeja hoy, Silvia? —pregunté intrigada.

—¿No sabés?

—No, no sé.

—Es el Día de Muertos —me dio como toda respuesta.

Por supuesto que no supe a qué se refería, y me dio vergüenza preguntar, así que sólo me dejé llevar. Casi a la hora del crepúsculo, todos los miembros de la familia, incluida la linda tía Antonina, desaparecieron en sus dormitorios. Era la hora de prepararse, vestirse bonito, llenarse de perfume.

Miguelina fue la primera en salir, bien peinada y maquillada, con unos aretes verdes que pendían exagerados de sus orejas y con los pies enfundados en unos graciosos zapatitos con taco, llenos de brillo. Puso música alegre, a todo volumen, y empezó a disponer sobre la mesa las bandejas repletas de comida: porciones de chanco adobado y cocinado en horno de barro, verduras, ensaladas, paneras rebosantes de pan en forma de pája-

ros, cruces y flores, jarras con una bebida que Miguelina me dijo que se llamaba chicha, botellas de vino, gaseosa y jugos. Entre uno y otro recipiente, estaban las flores que Silvita y yo habíamos recogido del jardín. Un verdadero festín. Yo no conocía ninguno de esos platillos, así que Miguelina me iba explicando, con su voz pausada y suave.

—¿Y cuándo podemos empezar a cenar? —pregunté cuando la mesa estuvo lista.

—No es para nosotros. Es para los difuntos, nuestros muertos. Nosotros vamos para la galería, vení —me dijo Silvia, mientras me conducía hacia afuera, donde había un largo tablón con varias fuentes de empanadas, humitas y tamales.

Miguelina dio comienzo a la cena con una bendición. Con evidente emoción, pidió por el alma de cada uno de sus muertos: "Mi padre, Fortunato; mi madre, Leonor; la tía Chichí; el primo Eugenio; la tía Matilda; el angelito de Dios, Juancito, m'ijito de mi corazón...", y otros más que no logré retener. Después, nos sentamos sobre unas banquetas de madera alrededor de la mesa, a comer las empanadas de carne, deliciosas, jugosas y un poco picantes, que había preparado Miguelina, con la ayuda de Antonina. Los hombres, o sea el papá de Silvita, y unos tíos que acababan de llegar, empezaron a beber de una jarra que supuse que era la misma chicha que había en la mesa de los muertos. Charlaban, reían a carcajadas, coqueaban,

mientras que los niños bailaban con la tía Antonina un ritmo muy alegre, "la saya", según me ilustró Silvia mientras saltaba en un pie y reboleaba el otro hacia atrás y hacia delante.

A la medianoche, yo ya no lograba mantener mis ojos abiertos. Miguelina, la tía Antonina, Silvitita y yo recogimos todos los platos de la mesa, lavamos, ordenamos y nos fuimos a dormir. Dentro de la casa, el comedor era la única habitación iluminada. Me estremecí cuando entramos al primer pasillo completamente oscuro, y me espanté ante la posibilidad de perderme en aquel laberinto. Agarré del brazo a Silvia muy fuerte, clavándole las uñas, sin querer. Ella pegó un grito, y yo me asusté más.

—Perdón —le dije, sentida.

—Bueno, pero ya no lo hagas más.

—Es que tengo miedo Silvitita.

—No tenés que tener miedo, no te van a hacer nada, sólo vienen a comer y se van.

—No sabía que los muertos comen —titubeé, aterrada, mientras me ponía el pijama y me escabullía abajo de las sábanas.

—¡Claro que comen!, no mucho. Lo que dejen, nos lo comemos mañana. ¡Vas a ver qué rico va a estar todo! —me dijo justo antes de quedarse dormida a mi lado.

Pero yo no podía conciliar el sueño: temblaba, cerraba los ojos con fuerza, luego los abría, pero

veía sombras que atravesaban la ventana abierta y las cortinas de tela fina. Era una noche calurosa. Cada tanto, una brisa suave nos acariciaba la piel acalorada. A lo lejos, los coyuyos y grillos parecían ser parte del festejo, emitiendo sus sonidos monótonos sin cesar.

La música siguió por mucho tiempo más, mezclada con las voces y las risas de los hombres que permanecían en la galería, hasta que de pronto el cansancio venció al miedo y dejé de escuchar. Me dormí.

En la mitad de la noche, cuando reinaba el silencio en la casa y las cortinas flameaban al paso de la brisa suave y hasta los coyuyos habían dejado de cantar, alguien me tiró el dedo gordo del pie derecho. Me desperté al instante y me senté en la cama, asustada. La claridad de la luna era suficiente para mirar bien: no había nadie. Silvia dormía plácidamente a mi lado. Mi corazón latía acelerado. ¡Estaba segura de que alguien me había tirado el dedo!, pero ¿quién? No había nadie más en la habitación. Después de un largo rato, me volví a dormir, convencida de que había sido un sueño.

Me equivoqué, porque un momento más tarde (no pude calcular cuánto), sentí claramente que alguien me tomaba el dedo gordo y me lo volvía a tirar. Esta vez pegué un grito de terror. Silvia se despertó espantada.

—¿Qué te pasa?

—Alguien me tiró el dedo, Silvita, te lo juro.

—Pero no hay nadie aquí, está la puerta cerrada. Dormite.

—Es en serio, me pasó dos veces, la primera no te avisé, pero ahora ya no aguante. Hay un fantasma en tu cuarto —decía mientras lloriqueaba y me tapaba la cabeza con la sábana.

—No hay, voy a prender la luz y miramos —me calmó Silvia, al momento que se levantaba y caminaba para encender la lámpara de la mesa de luz—. ¿Ves? No hay nada.

—¡Fijate debajo de la cama, Silvia! —le imploré.

—Nos fijamos las dos, y te quedás tranquila —me dijo, así que bajé de la cama y me agaché junto a ella.

Entonces lo vimos, al fondo, justo en la esquina, hecho un bollito, tapándose la cara. Yo no pude ni gritar, me quedé helada, sentí que me faltaba el aire. Silvia, en cambio, se refregó los ojos y miró otra vez. Se agachó y se metió debajo de la cama, acercándose hacia aquel ser pequeñito claramente asustado.

—¿Sos vos, Juancito? —preguntó suavemente, manteniendo la distancia. Juancito sacó la cara de entre los brazos y movió la cabeza, asintiendo—. ¿Qué hacés acá, Juancito?

Juancito no hablaba, sólo temblaba y miraba con dos ojos enormes. Su piel era traslúcida, se

veía la pared a través de él, y no llevaba ropa. Silvia intentó hacerlo hablar, preguntándole cómo había llegado hasta ahí, qué quería, cómo se iría. Pero no hubo respuestas. Entonces Silvita empezó a tararear una música suavcita, como las de Miguelina, y Juancito dejó de tiritar.

De a poco, sin darnos cuenta, la habitación fue iluminándose con la luz del sol, mientras empezaba el día. En algún momento nos quedamos dormidas allí mismo, sobre el fresco piso de baldosas rojas.

—¿Se puede saber qué paso acá? —Fue lo primero que escuchamos cuando la tía Antonina vino a despertarnos, ya cerca del mediodía.

Yo no pude abrir la boca, me quedé mirándola, entre dormida e incrédula. No sabía si lo que había vivido había sido real o no. Silvia tampoco habló. Nos levantamos, nos vestimos, nos lavamos la cara en el baño al fondo del pasillo, y caminamos hacia el comedor, donde estaban los hermanos de Silvia, Miguelina y Antonina esperándonos para empezar a comer los restos que dejaron los muertos la noche anterior. En una esquina de la habitación, una ollita de barro sobre el brasero encendido despedía un humo perfumado e irreconocible para mí.

—¿Qué es eso? —pregunté tímidamente.

—Es un sahumerio —me contestó Miguelina sonriendo, dejando ver los dos dientes de oro que

tenía incrustados en su dentadura—. Sirve para limpiar la casa de los malos pensamientos, de la envidia, por ejemplo, o de los malos espíritus, o fantasmas.

—Ah —contesté, y permanecí inmóvil, muda, observando cómo los demás se servían de aquellas bandejas repletas de comida. Estaban contentos y hambrientos, incluso Silvia, que masticaba sin pausa. Parecía que aquel sahumerio les había abierto el apetito.

Por la tarde, mi madre pasó a buscarme. Me despedí de Silvia con un abrazo silencioso, cómplice. Abracé a Miguelina y a la bonita tía Antonina, agradeciendo las atenciones. Nos fuimos caminando despacio, de la mano, buscando el reparo bajo la sombra de los paraísos.

Un cumpleaños inolvidable

Muy temprano en la madrugada, Angélica salió de su habitación sigilosamente. Vestía ropa térmica y botas impermeables. Pasó por el comedor, llenó su termo con café caliente, tomó una hogaza de pan, una botella de agua, cargó todo en su mochila y salió en dirección al camino principal. Al abrir la puerta, un viento helado casi la hace arrepentirse de sus planes.

La temperatura de aquella mañana de julio era muy baja, como los días anteriores. Se presagiaba una pronta nevada. Las botas de Angélica producían un sonido crepitante al pisar el pasto escarchado. Debían ser las seis y media, calculó. Caminó por varias horas, se desvió por senderos apenas marcados en la tierra; luego, siguiendo el rastro de animales que pastoreaban por la zona. Cada tanto detenía su recorrido para tomar un poco de café y pellizcar el pan; en esos momentos aprovechaba para admirar la salida del sol, los colores cálidos del alba, las gotas de agua que pen-

dían de los árboles bajo un cielo totalmente limpio y celeste.

Angélica calculó que era cerca del mediodía cuando divisó un hilo de humo que se elevaba por atrás de un pequeño cerro delante de ella. Ya estaba cerca. Cruzó un estrecho arroyo, una hilera de piedras blancas y pronto estuvo frente a la tranquera del rancho de donde salía el hilo de humo. A un costado, dos perros descansaban bajo el sol.

Tocó una pequeña campana oxidada y esperó. Ya había visitado otras veces a la anciana Herminia y sabía que ella se tomaba su tiempo para recibir a alguien. Se sentó en el piso, apoyó su espalda contra una piedra y ahí se quedó, pensativa. Ese día era su cumpleaños número cuarenta, y desde hacía varios meses Angélica se sentía deprimida, muy triste, no lograba encontrar la razón. Le gustaba su trabajo en la minera, aunque éste le requería vivir en un contenedor a cuatro mil quinientos metros sobre el nivel del mar y lejos de su familia. Realmente, no sabía el porqué de aquel gran vacío, falta de energía y pocas ganas de vivir. Confiaba en que Herminia la ayudaría.

Una rama de árbol que golpeaba sus botas la despertó de su improvisada siesta. Herminia estaba justo frente a ella. Con la misma rama le indicó que la siguiera. Angélica pegó un salto y así lo hizo. En minutos ya estaba sentada adentro del rancho; Herminia le alcanzaba un tazón de sopa caliente

y le hacía un gesto para que bebiera. Mientras lo hacía, la anciana tomó un cuenco humeante lleno de ramas, con fuerte olor a palo santo, lavanda y romero. Empezó a pasarlo alrededor de Angélica, desde los pies hasta la cabeza, murmurando palabras y oraciones. El rancho se llenó de humo y de aquellos perfumes mezclados.

Pasaron varios minutos, Angélica ya había terminado la sopa cuando la anciana acercó una silla y se sentó frente a ella. La miró unos minutos con sus ojos vidriosos, su frente arrugada y su piel gastada. Angélica calculaba que tendría más de ochenta años.

Finalmente, Herminia habló:

—Se te cayó el espíritu, hija.

—¿Cómo?

—Eso, que se te cayó el espíritu. Búscalo, debe andar perdido por ahí —le contestó de manera pausada.

—¡Pero no sé cómo hacerlo!

—Ya lo sabrás... busca adentro de ti... —murmuró Herminia mientras caminaba hacia la puerta y la invitaba a salir.

Una ventisca fría y ruidosa la esperaba afuera. Angélica se sentía desconcertada. Quiso saber más, preguntarle mil cosas, pero no debía insistir, además era hora de volver, pues no quería andar de noche por aquellos caminos desdibujados de los cerros. Ajustó su campera, la mochila a sus espaldas, y emprendió el regreso.

Las palabras de Herminia la acompañaron todo el camino. Pensaba en su "espíritu caído, perdido", y no entendía lo que significaba, ¿a qué se refería? Revisó todo: su trabajo, el estar lejos de la familia; un viejo amor que le rompió el corazón; una amiga enferma que hacía meses no veía; un viaje pendiente de concretar; el cuadro que nunca terminó de pintar. Tuvo tiempo para repasar su vida entera, pasado y presente. Se dio cuenta de que había postergado todas aquellas cosas que realmente quería hacer, ella sólo hacía lo que debía.

El aire frío le raía la cara, el sol se escondía tras los cerros. Aún faltaba mucha distancia por recorrer, pero no estaba cansada, más bien se sentía llena de energía y ánimo para seguir sin parar.

Al llegar al camino principal, el viento se detuvo. La noche había caído y una blanca luna llena, que parecía estar apoyada sobre los cerros, iluminaba sus pasos. Unos copos brillantes empezaron a caer del cielo; nevaba. A Angélica le pareció levitar, embriagada por aquel paisaje casi sobrenatural, sintiendo que aquella noche inolvidable empezaba una procesión hacia su espíritu caído.

El famoso Pipas

Las altas temperaturas de verano, especialmente durante las horas de la siesta, nunca eran un impedimento para que Carlitos subiera a su *mountain bike* azul sin frenos y recorriera las cincuenta cuerdas que lo separaban de Pipas, el único lugar que en los años ochenta había conseguido las primeras máquinas de video juegos y *flippers* en el pueblo.

Pipas estaba ubicado en una esquina frente a la plaza principal. Su fachada carecía de gracia, sólo una puerta alta sobre la que se leía el nombre escrito en colores. El lugar abría todos los días, todos los meses, todo el año. Durante las vacaciones de verano, los jovencitos hacían largas filas bajo el rayo del sol para entrar y tomar posesión del Pacman, Mario Bros o el codiciado Flipper. Las familias más tradicionales se horrorizaban si encontraban a sus hijos metidos en ese "antro de perdición" donde malgastaban sus centavos; y las niñas bien ni se atrevían a mirar hacia adentro.

Aquel sábado en particular, el termómetro registraba cuarenta grados a la sombra. La humedad

del ambiente complicaba la respiración y, si uno era pobre como Carlitos, no tenía en su casa aire acondicionado. Lo único que se podía hacer era cerrar todo, oscurecer las ventanas y puertas para que adentro se mantuviera más fresco. Luego, quedarse quietito y aletargar, esperando que cediera la intensidad del calor.

Carlitos había intentado permanecer tranquilo en aquel sopor, tratando de dormitar como el resto de su familia, pero al cabo de un rato no aguantó más, se levantó sigilosamente, buscó las monedas que había ganado en la semana cortando el pasto de casas vecinas, y salió hacia Pipas.

La bicicleta rodaba calles abajo a la velocidad de un rayo. El aire caliente azotaba su cara y su torso desnudo. Sobre su cabeza llevaba una gorra azul con la visera hacia atrás, y atada en la cintura flameaba su camiseta blanca.

Eran cerca de las dos de la tarde cuando llegó al lugar casi vacío. Carlitos se puso la camiseta, amarró su bicicleta al poste de alumbrado en la vereda y, disimulando su ansiedad, se acercó a la caja a comprar fichas para el Flipper.

Carlitos empezó a jugar y pronto perdió la noción del tiempo, del sopor y de las moscas que habían colmado el lugar; estaba compenetrado en su juego. Hacía rato que venía ganando créditos. Había descubierto el momento justo en que debía apretar los botones para hacer picar la pelota

dentro del tablero; regulaba la energía que debía propinarle al resorte para que la pelota saliera disparada hacia uno y otro lado. Sumaba y sumaba puntos y créditos, el tablero emitía luces y sonidos sin parar. Su camiseta blanca, totalmente empapada de sudor, se le pegaba al cuerpo, y de sus pelos chorreaban gotas de sudor que a cada rato debía limpiar para ver mejor. Mientras tanto, detrás de él, alguien aguardaba su turno.

El que esperaba era el Gordo Muñoz, como lo llamaban en el pueblo, en una época en la que el bullying, lastimosamente, era una práctica aceptada por la sociedad. Los adolescentes del pueblo, y especialmente sus padres, le tenían terror al Gordo con fama de peleador. En aquella época debía rondar los quince años, y medía en promedio dos cabezas más que los demás niños de su edad. Su contextura maciza y el evidente exceso de peso eran una característica familiar, como también lo era su cara de enojado y rabioso.

Cansado de tanto esperar que Carlitos liberara el Flipper, el Gordo quiso llamar su atención, intimidarlo, forzarlo a perder y a abandonar la máquina. Pero Carlitos ni se inmutaba. El Gordo se acercó ruidosamente a mirar de cerca el tablero, pero nada. Carraspeó su garganta, y nada. La paciencia se le agotaba. Peor aún, cuando Pipas empezó a llenarse de gente, todos iban directo a averiguar quién era el suertudo que sumaba más de un mi-

llón de puntos en su tablero y, encima, con el Gordo Muñoz resoplándole en la nuca.

El calor, la humedad, el hedor propio del amontonamiento de gente, los "uhhhhhh" y los "ahhhhhh", los aplausos y los vítores al campeón del Flipper, habían llenado al popular Pipas en una hinchada de fútbol.

El Gordo Muñoz evaluó la situación. Primero pensó en calzarle un bofetón al tal Carlitos y borrarlo del mapa sin más, pero al verse rodeado por la muchachada, y al sentir él mismo algo de admiración por el flamante ganador, decidió desistir de su primera idea. Lo segundo que se le ocurrió fue irse de a poquito sin llamar la atención, pero se arrepintió enseguida, no podía perderse aquel triunfazo del changuito sobre la máquina, así que finalmente decidió quedarse en donde estaba y de a poco se fue sumando a la hinchada.

Ya casi oscurecía cuando Carlitos salió de Pipas para dirigirse a su casa. Su estómago hacía sonidos extraños, quejándose por la falta de comida; imaginó que su madre ya lo estaría esperando a punto de un ataque de histeria.

Apenas salió del local notó que el Gordo lo estaba esperando, apoyado sobre el poste de luz donde se encontraba amarrada su bicicleta. Carlitos tragó saliva, evaluó la situación y trató de buscar opciones de escape, pero no podría, necesitaba la bicicleta, le urgía sacar el candado, treparse a ella

con rapidez y volar a casa. El Gordo lo miraba serio, esperando sus movimientos, mientras masticaba una pequeña rama llena de hojas que hacía girar entre los dientes de una comisura a otra de la boca. Estaban a dos metros de distancia y a Carlitos hasta le pareció sentir el aliento de su contrincante. Tragó saliva, infló el pecho, se acomodó la gorra y en un ataque de valentía, apresuró el paso hacia la bici.

—Permiso —le dijo corto y en voz alta, casi gritando, pero sin dirigirle la mirada al grandulón, que no hizo ni el amague de moverse.

—No quiero.

—Dale, me tengo que ir.

—Ja, ¿así de fácil te pensás que son las cosas?

—Yo no te hice nada, Gordo, sólo jugué al Flipper.

—¡No te hagas el vivo, fanfarrón!

—Dale, dejame sacar la bici y me voy —pidió Carlitos con la voz temblorosa, a punto de llorar. Pero el otro no se movía, por segundos que parecieron eternos, hasta que...

—Vení para acá —dijo de pronto, agarrándolo del brazo hasta aplastarlo contra su cuerpo—, dame un abrazo, campeón. Ahora somos amigos. Te prometo que voy a defenderte, a vos y a tus hermanas, siempre, con la única condición de que digas, que le cuentes a todo el mundo, que vos y yo somos amigos —concluyó el Gordo, mientras

apretaba y levantaba del suelo al sorprendido Carlitos.

Dicen en el pueblo que aquella partida histórica nunca fue superada. Dicen que el Gordo Muñoz y Carlitos se volvieron grandes y buenos amigos; y dicen que Pipas, a inicios del año 2000, tuvo que cerrar sus puertas dejando a varias generaciones con la nostalgia y el recuerdo del primer videojuego del pueblo.

¿Dónde está Carolyn?

Aquella calurosa mañana de febrero de 1984, Mónica sintonizó en la radio una emisora local y escuchó la misma noticia que en los últimos cinco días mantenía al pueblo triste y preocupado. La niña Carolyn, de siete años, seguía desaparecida. La policía, los bomberos y el pueblo en general rastrillaban la zona donde había sido vista por última vez, cerca de los cañaverales, a la orilla del arroyo sucio y maloliente que lo circundaba.

El día de su desaparición, la niña estaba sola en su casa, como cada mañana, pues su madre se iba a trabajar muy temprano. No había ningún familiar dispuesto a cuidarla esas horas, ni presupuesto suficiente para niñera.

Carolyn tenía prohibido salir de casa, abrir las ventanas y prender la cocina o el horno. Sólo podía desayunar cereales o fruta y ver televisión hasta el regreso de su madre, al mediodía. Pero esa mañana hacía mucho frío y la niña quiso beber algo calentito. ¡Tantas veces había visto a su madre encender el fósforo para prender la hornalla de la cocina! Ella misma había practicado una vez,

a escondidas, y le había salido bien. Pensó que no tenía nada de malo poner a calentar un poco de agua; ya estaba grande, seguro podía hacerlo.

Decidida, abrió la perilla de gas, tomó un fósforo y empezó a refregarlo contra el costado rugoso de la caja. Intentó varias veces, hasta que el último por fin se encendió y una gran lengua de fuego se alzó frente a Carolyn chamuscándole los pelos y la cara. El fuego se propagó al instante, hacia los repasadores, la pared empapelada y la alacena de madera arriba de la mesada.

La niña, aterrorizada, no pudo ni gritar. Sólo atinó a salir corriendo, espantada por las llamas y el desastre que había causado. Una vecina, que a esa hora barría la vereda en la esquina, dijo haberla visto pasar hacia el arroyo, por eso recorrían esa zona, buscándola. Cinco días después, seguían sin rastros de la pequeña.

Mónica calentó agua en la pava de chapa, para hacerse unos mates. Desde su ventana de la cocina alcanzaba a ver los cañaverales del ingenio azucarero, el movimiento de la gente y los vehículos recorriéndolo. Conocía a Carolyn desde chiquita, la había visto jugar con otros niños cada tarde, pasaban frente a su casa corriendo, persiguiéndose, gritando. La tenía bien identificada, con su abundante cabellera rubia y su sonora risa se distinguía entre los demás niños como un girasol en un rosal.

La casa de Carolyn quedaba cruzando la calle justo al frente de la de Mónica. Desde la misma

ventana de la cocina había sido testigo del incendio trágico que, en cuestión de minutos, devoró la vivienda. Vio cuando llegó la madre de la niña, su desesperación, sus gritos y nervios, vio cómo los vecinos más cercanos trataban de contenerla. Mónica miraba con frialdad. "¡Qué madre descuidada e irresponsable! —pensaba—, ¡ella dejó que esto pasara!, es su culpa, yo nunca dejaría a una niña tan pequeña sola por tanto tiempo." Renegaba en silencio mientras chupaba de la bombilla el líquido caliente y amargo de su primer mate del día.

Terminó su rutina, cortó dos rodajas de pan francés y las puso a tostar. Mientras se hacía el pan, dispuso en una bandeja de plástico una cuchara, una servilleta, un vaso de leche y tres pequeños bombones de chocolate. Una vez listo el pan, lo agregó a la bandeja, subió el volumen de la radio y se dirigió a la planta alta.

Con tranquilidad caminó por el pasillo alargado hasta llegar a la puerta superior que conducía al altillo. Dejó la bandeja en el piso, abrió la puerta, desplegó la escalera, tomó la bandeja y subió haciendo equilibrio.

El ático carecía de luz natural. Una tenue lámpara enchufada en la pared apenas delineaba entre las sombras un cuerpo pequeño recostado sobre un fino colchón. Mónica se acercó y acarició la cabeza, peinando los dorados cabellos, de la niña que aún seguía dormida bajo el efecto del somnífero.

El cuarto pozo

Saturnino Contreras sabía que sus días, más bien sus horas, estaban contadas, que lo que hizo aquella mañana no tenía perdón de Dios. Él lo sabía, aunque su cabeza no funcionara como la del común de la gente; él sabía, se daba cuenta, de la gravedad de lo sucedido.

—¿De dónde venís, Saturnino? —preguntó su hermana mayor cuando lo vio entrar, cabizbajo y maltrecho.

—De por ahí —contestó él, evitando la mirada inquisidora de ella, que tanto le aterraba. Se limpió los mocos con el reverso de su mano llena de barro.

—Mirame, Saturnino, ¿de dónde venís? —insistió ella—, ¿por qué no me mirás? ¿por qué tenés barro en las manos? —siguió ella mientras lo agarraba del brazo y lo observaba de pies a cabeza.

Saturnino no sabía mentir, mucho menos a su hermana. Ella lo conocía perfectamente, así que intentó escaparse, evadir la mirada y las manos de Leonor, que lo asían con fuerza.

—Soltame, hermanita, no hice nada, te lo juro
—intentó mentir, disimular, pero la voz quebrada
lo delató—, te juro, no hice nada.

—¡Saturnino! —gritó ella—, ¿qué fue, dónde?,
decime o llamo a la policía, ¿de dónde venís? ¡Con-
testame!

El cuerpo huesudo y desgarrado de Saturnino
no aguantó más y cayó vencido, de rodillas, frente
a su hermana, tirándose los pelos con sus manos
barrosas, la vestimenta desgastada, las viejas al-
pargatas de yute también llenas de barro. Abrazó
las piernas de Leonor, desconsolado. A ella, el co-
razón le empezó a latir con fuerzas, una punzada
intensa ingresó por la sien y le atravesó todo el
cuerpo, la dejó bloqueada, aterrada.

Leonor se agachó para quedar a la altura de su
hermano. Tomó su cara desde la barbilla con una
mano, mientras con la otra trataba de arreglarle
el pelo y limpiarle la cara.

—¿Dónde la dejaste?

—No sé —sollozaba mientras contestaba.

—Saturnino, ¿dónde está? Mirame, decime,
¿vive?

—No sé, no sé nada.

—Saturnino, por tercera y última vez te pre-
gunto. ¿Dónde está?

—A la orilla del río, pasando la plantación de
don Ernesto —respondió rápido y volvió a taparse
la cara.

Leonor tomó su teléfono celular y una bolsa. A Saturnino le dio una pala y juntos salieron caminando apresurados hacia el río San Lorenzo, a las afueras del pueblo, donde Saturnino había señalado. En el trayecto, Leonor llamó al comisario Bermúdez.

—Comisario buenas tardes.

—Hola Leonor, ¿cómo anda?

—Mal. Lamento decirle que... Saturnino se escapó esta mañana, yo estaba ocupada lavando ropa y cocinando, comisario, un descuido, un minuto y ya no estaba.

—Ah, Leonorcita, ¿qué me está diciendo?

—Lo hizo otra vez, comisario... lo siento —completó Leonor, mientras caminaba lo más rápido que podía, casi sin aire y chorreando de sudor.

—¡Qué mala suerte, Leonor!, ¡qué problema!, con ésta serían cuatro veces, ¡qué problema!

—Saturnino tiene un retraso, comisario, usted sabe los problemas que tiene y que tengo yo por andar cuidándolo. Él es toda mi familia, no tengo a nadie más, sólo él. No me lo lleve a la cárcel, comisario, se lo ruego, ¡sólo tiene veintidós años! —llovía y caminaba, todo su cuerpo temblando. Saturnino a su lado, con la mirada fija en el sendero de tierra, no se atrevía a enfrentar a su hermana.

—Tranquila, usted no se preocupe, Leonor, sabe que yo estoy siempre dispuesto a ayudarla. Usted ya sabe cómo se arregla esto.

—Sí, ya sé, comisario.

—¡Bien! Entonces la espero, a las siete, en el lugar de siempre.

—Sí, señor, allí estaré.

—Ah, y limpien bien todo, que no quede nada a la vista. Yo me encargo de lo demás.

—Sí señor, así lo haré.

Leonor guardó el teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón, justo cuando llegaban al lugar indicado. Saturnino se tapó la cara, pidió perdón a su hermana una y otra vez. Ella hizo fuerzas para no vomitar, para no explotar de horror, para no morirse ahí mismo. Tomó la bolsa y empezó a guardar las partes bañadas en sangre y barro de aquel cuerpo pequeño, mientras Saturnino empezaba a cavar un pozo profundo.

El Toro enamorado de la Luna

El Toro se esconde tras las sombras de los árboles, en la penumbra de una calle mal iluminada. Desde allí, observa con sigilo la silueta en movimiento de ella, Luna, por entre los cortinados abiertos de su ventana. Luna recorre su cuarto bailando mientras se desviste, se pone el camisón y peina su larga cabellera, al son de La Bamba. Los minutos pasan lentos. El Toro observa silencioso, sonríe con cada célula de su cuerpo, sonríe con los ojos, sonríe con el corazón. Está enamorado de esa morocha que llegó hace poco al pueblo y trabaja como moza en la confitería frente a la plaza.

Cuando Luna apaga la luz, él se retira tan sigilosamente como llega, y camina lento hacia su casa por las calles vacías del pueblo. En su recorrido suele silbar, patear una piedra, maldecir por su mala suerte. Sabe que sus posibilidades con una mujer tan linda son nulas. Él es viejo, solterón, gordito y de mal genio. Pero, además, lo que nadie sabe es que lleva una bomba de tiempo en su cabeza, un

tumor maligno "inoperable", según el doctor. Con este diagnóstico, el Toro se ha vuelto cada vez más tosco y ermitaño. Conoce su realidad, no la acepta, pero eso qué importa. Así que se conforma con mirar diariamente a Luna por la ventana.

El Toro en realidad se llama Manuel y es dueño de la carnicería El Toro Enamorado, a la que debe su sobrenombre. Allí se la pasa todo el día descuartizando reses, cortando carne en pedazos grandes o en fetas, pasando las costillas por la sierra o haciendo chorizos y morcillas, con su delantal blanco de fagina siempre lleno de sangre, y un enorme cuchillo faenero a cuestas.

El Toro no frecuenta los lugares populares del pueblo, no va a fiestas, no tiene muchos amigos. Pero el día del cumpleaños ochenta de su madre, no le quedó otra opción que asistir a la gran fiesta organizada por sus familiares. Pensó que estaría poco tiempo y luego se esfumaría, tal vez llegaría a la ventana de Luna antes de que apagara la luz. Pero grande fue su sorpresa cuando, entre los familiares que entraban al salón, divisó la larga e inconfundible melena negra de Luna. Efectivamente era ella, que saludaba a todos con una amplia sonrisa, amigable, simpática y divertida.

Instantáneamente, el Toro decidió quedarse hasta que Luna se fuera de la fiesta. Pero Luna no tenía intenciones de perderse el bailongo. Él, sentado en una esquina oscura, la observó toda

la noche: su cuerpo moviéndose al compás de la bachata, sus caderas, sus brazos flameando en el aire con delicadeza. Sus finos pies, enfundados en altas sandalias doradas, se movían suaves al son de la música. Su cara de rasgos gitanos, ojos grandes de largas pestañas, pómulos prominentes, boca de labios carnosos... emanaba sensualidad en cada rasgo y gestualidad. El Toro no pudo dejar de mirarla. Ni se le ocurrió acercarse. A la distancia, saboreó cada uno de sus movimientos, sus senos redondos y turgentes, asomándose bajo el pronunciado escote de su vestido blanco, sus piernas musculosas, sus glúteos redondeados.

Como a las cinco de la mañana, Luna se despidió y caminó las dos cuadras hasta su casa. El Toro la siguió, escondiéndose tras las pocas sombras que aún quedaban. Era verano y ya empezaba a clarear; pronto amanecería. Luna caminaba lento, descalza, con sus sandalias en mano. Entró a su cuarto, y el Toro vio cómo se deshacía del vestido blanco, de sus aretes, y su ropa interior. Quedó desnuda frente al espejo, tocando, acariciando su cuerpo, sus curvas. Luna nunca había hecho eso. El Toro entró en trance. Al principio, no supo cómo reaccionar. Pronto un bulto tieso creció entre sus piernas y amenazaba con explotar su pantalón. Intentó aplacar las ansias salvajes de penetrar a esa bella mujer que veía entre las cortinas, pero sus pensamientos y voluntad estaban en jaque. Abrió su cremallera, deslizó

su mano bajo los calzones y empezó a masturbarse, sin dejar de mirar a la sensual Luna. Coincidencia sarcástica del destino, ambos llegaron juntos al orgasmo, separados por una ventana, una insalvable distancia y millones de silencios.

El Toro partió hacia su casa bajo el reparo escaso de los árboles. Muy adentro de su alma, ese amor imposible empezaba a arderle; el nombre de Luna lo acompañaría el resto de sus días.

La Cilantro y Lino

Los veranos en mi pueblo mantenían la bochornosa temperatura media de cuarenta grados centígrados, un calor húmedo y pegajoso que no dejaba respirar y llevaba los nervios al límite de la razón.

La gente humilde, como nosotros, sin piscina ni aire acondicionado, solía refrescarse con cortas duchas de agua fría a lo largo del día o, en nuestro caso, con manguerazos en el patio bajo la piadosa sombra de la higuera. Cuando podíamos, nos escapábamos en bicicleta hacia el canal de riego del cañaveral, a los pies del cerro. Nos sumergíamos felices en un caudal barroso y fresco, sin pudor, con la ropa puesta o en calzones.

Las horas de la siesta eran las peores, el sol castigaba sin misericordia a quien se le ocurriera salir de su casa. Sólo las lagartijas correteaban de un lado a otro sobre la calle polvorienta de tierra mal apisonada. "La hora prohibida", como le decía mi madre, sólo servía para dormir y pasar rápido e inconscientes esas temperaturas tan profanas.

Nadie salía a la siesta, nadie. Salvo la Cilantro y su hijo Lino.

Por supuesto que Cilantro no era el nombre real de aquella enigmática mujer que se dedicaba a vender frutas y verduras por las calles del pueblo. Mi madre la había bautizado con ese apodo porque le causaba risa cómo pronunciaba la palabra "cilantro", alargando la "o" final cuando salía con eco por el tubo ahuecado que formaban las dos manos pegadas a su boca.

La Cilantro era una boliviana alta y fortachona, de piel gastada y cara arrugada. Caminaba erguida con un sombrero de paja enorme, el cabello atado en una trenza larga y desprolija, tirando de su carro con los cajones llenos de productos frescos. A paso lento y cadencioso, levantando el polvo con sus uyutas desgastadas, aparecía por la esquina zarandeando sus caderas anchas vestidas con amplios y coloridos faldones, llenos de tablillas.

Voluntad de hierro tenía la Cilantro, sin importar el clima iba y venía recorriendo cada callecita junto a Lino, su fiel acompañante y único hijo, un grandote con cara de bonachón a quien no se le había dado, vaya Dios a saber por qué, la cantidad de inteligencia que le correspondía. La Cilantro no podía dejarlo con nadie, así que lo llevaba con ella a todas partes.

No era simpática la Cilantro. Bruta, tosca, cortante, parecía que gruñía al hablar. Mis hermanos y

yo le teníamos un miedo desproporcionado. Cuando la escuchábamos a varias cuadras de distancia, desaparecíamos. "Cebollas, papas, perejil, tomates, cilantrooooo", vociferaba entre la polvareda.

Cuando crecí un poco, ya adolescente, me tocaba a mí hacer las compras de verduras los sábados. Me quedaba esperándola, bajo el sol infernal, canasto en mano, hasta que llegaba a la puerta de mi casa. Ya no temblaba de miedo cuando los ojos de serpiente de la Cilantro me miraban preguntando, sin hablar, qué le iba a comprar ese día. El que me asustaba en aquella época era Lino. Cada vez que me veía, corría a toda velocidad hasta que su cara quedaba a dos centímetros de la mía y me gritaba:

—Hola, Silvinaaaaaaaa. —Como si hubieran metros de distancia entre nosotros—, ¿te querés casar conmigo?

—No, Lino, muchas gracias —le respondía aterrada.

—¿Por qué? —me seguía gritando, procurando seguir pegado a mí, mientras yo retrocedía unos pasos o me hacía a un lado.

—Porque no quiero, Lino —contestaba, incómoda y asustada.

—Liiiiinooooo —me rescataba la Cilantro—, ¡vení para acá! —ordenaba con su grueso vozarrón.

Entonces Lino bajaba la cabeza y caminaba arrastrando las ujetas, hasta esconderse atrás de su madre.

A veces la Cilantro lo zamarreaba o le tiraba el pelo para que pidiera perdón. A mí me daba pena, más aún cuando lo escuchaba llorisquear con vergüenza y aparecían sus ojos tras el hombro de la madre para decirme "pe pe perdoname Silviiiiinaaaaa".

Luego, la Cilantro continuaba su eterno recorrido, Lino trotando mansito a su lado. Sus siluetas se perdían entre el polvo y el calor de mi pueblo en verano.

La sorpresiva muerte de Rosita Soria

La muerte de Rosita Soria nos sorprendió a todos en el pueblo. La tarde anterior había andado por el mercado central, frente a la plaza, muy coqueta ella, como siempre, con tacones altos, peinado de peluquería, la boca pintada de rojo carmesí y dejando tras sus pasos un reguero del intenso perfume dulce que usaba.

Al día siguiente, la pobre Rosita no despertó, la empleada la encontró aparentemente dormida, pero hacía horas que yacía muerta.

Rosita había sido la primera, y durante un tiempo la única, profesora de piano en el pueblo. Por sus salones habían pasado todos los hijos e hijas de los ricachones que eran los únicos capaces de pagar sus altos aranceles. Aunque sus clases eran muy estrictas, todos sus alumnos la amaban.

Por eso, el día de su funeral la sala velatoria no daba abasto para recibir a los compungidos asistentes. Temprano llegaron las "chicas", sus amigas de la vida, que rondaban los ochenta años, al igual

que la difunta. Al carecer de familia, ellas tenían la prioridad de asientos al lado del cajón, pues serían quienes recibirían el pésame de los pueblerinos. Eulalia, Matuca y Concepción se sentaron lo más cerca posible del féretro, tanto que podían estirar la mano para acariciar la piel fría y azulada de Rosita.

El servicio funerario incluía un refrigerio para todos los asistentes. Primero café, que pronto se acabó. Luego jugos y agua, pero también al poco tiempo se terminó.

—Oye, Matuca, tengo sed, pide que traigan algo para tomar —susurró Eulalia, que andaba con la boca seca ya cerca del mediodía.

Matuca llamó al servicio:

—Señora, ya no queda nada, es que hay mucha gente.

—Pero ¿cómo no van a tener nada? Vaya y busque algo —le indicó con firmeza la apesadumbrada Matuca.

Al cabo de unos minutos, el hombre regresó con una botella envuelta en una servilleta de tela y unos pequeños vasos de vidrio. Justo cuando iba a acercarse a Matuca para decirle lo que había conseguido, el intendente del pueblo se acercó al ataúd. Las tres amigas elevaron el tono del llanto y se levantaron de sus sillas para abrazar a la inerte Rosita.

El hombre del servicio esperó unos minutos, pero como las chicas continuaban en su acongo-

jada tarea de llorar a la difunta, decidió servir los vasos y dejarlos en la mesita de apoyo al costado de sus sillas.

En cuanto se retiró el intendente y su comitiva, las amigas se sentaron, abrieron sus abanicos y al unísono dieron un largo y único trago a sus respectivos vasos. La primera en darse cuenta del contenido fue Eulalia, que asombrada miró a sus amigas con expectativa. Por unos segundos las tres se quedaron inmóviles, mirándose sin decir palabra. Luego, con el abanico cerrado, Matuca llamó al servicio. Con el mismo abanico le indicó al hombre que rellenara los vasos. Las chicas se volvieron a mirar, tomaron los pequeños vasitos y de un trago bebieron todo el contenido.

La escena se repitió una y otra y otra vez.

Entrada la tarde, las tres amigas se habían vuelto todavía más ruidosas y expresivas, tanto para llorar como para saludar a los asistentes.

—Rosita, amiga, ¿qué te pasó? ¿Por qué te fuiste? —se lamentaban abrazadas a la muerta.

—Oye, Eulalia, deja de tocarle el pelo que la despeinas.

—¡Yo no la despeino, Conchita!

—Que no me digas Conchita, te lo dije mil veces.

—No lo recuerdo, Conchita —contestó Eulalia irónicamente, mientras agitaba el peinado de Rosita.

—A Conchita no le gusta que le digan Conchita —largó una sonora carcajada Matuca, al tiempo que trastabillaba y se agarraba de la muerta para no caer.

—Váyanse al carajo las dos —contestó indignada Concepción mientras hacía un gesto obsceno con la mano que sostenía el vaso, con tan mala suerte, que la bebida fue a parar directamente sobre la cara de Rosita.

Horrorizadas, las amigas intentaron limpiarla, presurosas, pero la cantidad de alcohol que habían ingerido les impedía coordinar la tarea. El labial rojo carmesí de la muerta, mezclado con el jerez, hizo un enchastre tragicómico en la cara de quien en vida fue la coqueta Rosita Soria. Ante la mirada atónita de los asistentes, las amigas explotaron en carcajadas.

—¡Rosita, estás hermosa!

—¡Feliz viaje a mejor vida, amiga!

—¡Salud, Rosita! Hala, que te hemos despedido como corresponde.

—¡Hasta pronto! —gritaban eufóricas mientras el servicio funerario cerraba la tapa del ataúd y ellas hacían malabares para permanecer de pie.

Mameta

La plaza principal de mi pueblo había sido bautizada por los padres de nuestra generación con el indecoroso nombre de Tontódromo, porque nos pasábamos las tardes y las noches, especialmente durante los fines de semana, caminando como tontos alrededor de ella, en grupo, con amigas, o de la mano de algún noviecillo de turno, mientras charlábamos y reíamos. Cuando nos cansábamos de ver las mismas caras, girábamos y empezábamos a caminar en el sentido contrario. Ese peregrinar en círculo nos seducía a todos los jovencitos del secundario, sin importar a qué escuela asistiéramos ni a qué clase social.

La plaza desbordaba de árboles frondosos, plantas, flores y enredaderas que, en algunas glorietas internas, formaban recovecos oscuros, escondites perfectos para disimular besos robados, caricias prohibidas, parejitas censuradas. Nuestras madres nos sermoneaban para que no cayéramos en la tentación de aquellos pasillos que incitaban al pecado, pero ¿quién podía re-

sistirse? Éramos jóvenes, adolescentes, la sangre hervía y el deseo mandaba.

Pero no siempre esa plaza era escenario de historias bonitas y dicharacheras. Si por alguna razón pasábamos por allí en otro horario, por ejemplo a la salida del colegio, el terror nos podía acechar sin compasión. Aun sabiendo esto, nos arriesgábamos, salíamos del colegio y caminábamos las tres cuadras hasta la plaza a charlar bajo las glorietas llenas de flores, o a tomar un helado de la heladería Venecia.

De pronto escuchábamos: "Tatatatatatatata" y sabíamos que nuestra hora había llegado. "Tatatatatatatata", sonaban las chancletas estampándose contra el suelo. La piel de todo el cuerpo se nos erizaba y empezábamos a temblar. Dejábamos caer todo lo que traíamos: libros, portafolios, mochilas, helados. Nos preparábamos para lo inevitable, quietas, apretando fuerte nuestras orejas con las manos para mitigar los gritos.

"Tatatatatatatata", sonaba el estruendoso correteo que se aproximaba rápidamente. Entonces nos invadía el temor de lo inevitable. Nos quedábamos juntitas, pegadas hombro con hombro, haciendo una ronda, mirando el piso. Hasta que... "Mametaaaaaa", "Mametaaaaaa". El grito desquiciado amenazaba con explotar nuestros tímpanos. El hambre de miedo, la necesidad de vernos palidecer y temblar, provocaba que aquel joven ape-

nas más grande que nosotras se quedara todavía un rato más, chancleteando alrededor de nuestra ronda, gritando una y otra vez, lo más fuerte y cerca posible, "Mametaaaaa". La palabra salía vomitada, explotada como un trueno desde su garganta, mientras nosotras nos concentrábamos para no llorar, estrujando fuerte los párpados, arrugando la cara, amontonadas, esperando que pronto terminara la tortura.

En algún momento le parecía suficiente, se reía a carcajadas y, satisfecho, rumbeaba chancleteando hacia otro rincón de la plaza. Sólo entonces nos atrevíamos a mirarlo. Por ahí iba, de lo más campante y sonante, estirando el cuello para mirar por sobre las plantas y glorietas, buscando nuevas víctimas, jovencitas vestidas con delantal blanco recién salidas de la escuela, a quienes asustar.

Pero ¿por qué andaba suelto ese loco asustador por las calles del pueblo? Porque en el pueblo, en los ochenta y en los noventa, no había loquero, ni un centro de atención para enfermos psiquiátricos. Había hogares de ancianos, hogares de niños, comedores infantiles, hospitales, salitas de primeros auxilios, refugios para perros abandonados, clubes con piscinas, canchas de fútbol, potrerros, mercados, ferias, pero no había cotolengos. El pueblo no estaba preparado para atender a los loquitos y, como Mameta no le hacía daño (físico) a nadie, andaba libre por las calles, asustando a diestra y siniestra.

La única alma misericordiosa que cuidaba de él y lo contenía era doña Gloria. Una enfermera de vocación, una persona entregada al prójimo, siempre pendiente de las necesidades de los demás, que atendía en la sala de primeros auxilios a la vuelta de la Iglesia Sagrado Corazón de Jesús, a media cuadra de la plaza. Por su cercanía a la misma, escuchaba cuando Mameta correteaba a las chicas. El escándalo, los alaridos, las chancleteadas y los gritos se percibían claramente desde la salita, así que, en cuanto podía, porque a veces se encontraba atendiendo a algún paciente, salía corriendo a contenerlo.

Apenas ponía un pie en la plaza lo llamaba con voz firme, fuerte y a la vez cariñosa.

—Vení, Mameta, vení para acá, papito. ¡Ya andás asustando otra vez a las chicas! ¿Qué te he dicho yo? Eso noooooo seeeeeee haceeeeeee, Mameta. Repetí conmigo —le pedía mientras lo guiaba, tomándolo de los hombros, hacia la salita.

—Nooooo seeeeeee haceeeeeee —repetía el pobre jovencito, haciendo fuerza para que las palabras le entraran en la cabeza. Quería sentir remordimiento, pena, pero no le salía.

—Bueno, así me gusta. No tenés que asustar a nadie. ¿Entendiste? Vení conmigo que te preparo un mate cocido y te doy un pedacito de bollo para que comas. ¿Querés? —ofrecía Gloria con ternura sin esperar las respuestas, y ya Mameta se calma-

ba, asentía con la cabeza, sonreía con su dentadura incompleta y caminaba contento con ella.

Pero un día Mameta desapareció y la plaza nunca más fue igual. Era extraño caminar por el Tonódromo después de la escuela y no escuchar nada, ni gritos, ni las chancletas reventándose contra el piso. Inconscientemente lo buscábamos. Sospechábamos que nos daría el mayor susto de nuestras vidas en cualquier momento, pero no, Mameta no aparecía. Primero durante meses, luego años.

Las niñas crecimos, terminamos el colegio, algunas emigraron para estudiar en alguna otra provincia. Quienes nos quedamos en el pueblo, de a poco nos fuimos olvidando de Mameta y del terror que sentíamos cuando se nos acercaba corriendo. Nadie más preguntó por él. Ni siquiera doña Gloria, su protectora, sabía lo que le había pasado.

Hasta que el 14 de octubre del 2014, día que quedó grabado en la memoria de los habitantes del pueblo porque la temperatura llegó a batir el récord histórico de calor con 42.4 grados centígrados, a las cuatro y cuarto de la tarde, se presentó en la sala de primeros auxilios un joven de pelo corto, rapado a los costados, peinado con gomina. Vestía pantalón y camisa militares, esta última de mangas largas y abotonada hasta el cuello, borceguíes negros acordonados y una mochila verde colgando de su hombro derecho. Preguntó

por Gloria. Ella salió enseguida, esperando encontrarse con algún enfermo, pero al ver su sombra a contraluz, bajo el lindel de la puerta abierta de la salita, no pudo reconocer de quién se trataba.

—Soy yo, doña Gloria, ¿ya no me recuerda? —dijo mientras su boca intentaba una sonrisa, dejando ver su dentadura imperfecta.

—¡Mameta! ¡Sos vos, papito! —dijo Gloria y corrió a abrazarlo—. ¿Dónde estuviste estos años? ¿Qué te pasó?

—Estuve en el ejército, doña Gloria, hasta ahora que me dieron de baja. Ya volví, doña Gloria, y soy más inteligente.

Mameta y Gloria sonreían. Atrás habían quedado los años de gritos, chancleteadas y espantos.

Hoy en día se lo ve a Mameta en la vereda de la pequeña y humilde casa que pudo adquirir gracias a sus años de servicio militar y a la ayuda de la Municipalidad. Allí toma mate, sentado en una sillita baja de madera, invierno y verano, vistiendo su uniforme, mirando a la gente pasar, saludando efusivamente con la mano.

La impecable señorita Nelly y su gusto tan peculiar

Las leyendas de apariciones en los cementerios suelen ser muy comunes en los pueblos, especialmente los más chicos. Sin embargo, la historia que les voy a narrar a continuación dista muchísimo de ser una leyenda.

La señorita Nelly era una joven y coqueta profesora de matemáticas en la Escuela Nacional Normal Superior del pueblo. Oriunda de la ciudad capital, había llegado a inicios de los años ochenta para revolucionar el plantel docente con sus modernas técnicas de enseñanza. Su particular y novedoso método incluía la participación activa de los alumnos aplicando las matemáticas a la vida diaria, saliendo de los pupitres de la escuela, buscando prácticas soluciones. Sus estudiantes la amaban, pues por fin habían entendido la utilidad y finalidad de tantas cuentas.

Además, la maestra era linda, esbelta, de estatura mediana, coronada por una melena de rulos brunette perfectamente marcados. Su piel era blanca tiza, blanca leche, sin imperfecciones. Solía pintarse los párpados de color celeste, que hacían juego con sus ojos del mismo color. Las pestañas, cargadas de rímel negro, se mecían arriba y abajo al ritmo de las palabras que afloraban de su impecablemente delineada boca roja. La única característica que tenía la señorita Nelly, que no acompañaba toda su perfección de persona, era su timbre de voz agudísimo. Había que estimarla mucho para concentrarse en lo que decía y no en sus agudos tan irritantes, que amenazaban con perforar los tímpanos de sus interlocutores.

Cuando Nelly llegó al pueblo, ya era viuda. De ese tema no se hablaba, no se preguntaba. Nadie sabía mucho de su vida anterior, salvo que era viuda. Al principio residió en una pensión para señoritas a escasos metros de la escuela donde trabajaba, pero al poco tiempo pudo adquirir la casa que había deseado desde su llegada, la casa de sus sueños. En realidad, no era una casa, sino un departamento, el más alto en una torre de cinco pisos, que quedaba a las afueras, justo enfrente del cementerio, a escasos metros del río San Lorenzo y a unas pocas cuadras de mi casa.

En los ochenta, el cementerio todavía no contaba con una tapia que lo separase de las calles

circundantes, de manera que, cuando uno pasaba por los costados, podía ver las lápidas, las paredes llenas de nichos con sus respectivas flores y, a veces, hasta los propios ataúdes esperando el momento de su entierro. Recuerdo que, cuando era niña, teníamos que pasar por los costados del cementerio para ir a la casa de mi tío Carlitos. Me resistía a mirar hacia aquel lugar tétrico lleno de muertos, de canteros y vasijas con claveles descoloridos y gente vestida de negro. Pero la señorita Nelly no compartía mis terrores. Por el contrario, para ella, aquel lugar era lo mejor que podía tener enfrente de su casa porque esos terrenos contenían su mayor placer, el más oculto, el que nadie sospechaba.

Cada noche, entre las dos y tres de la mañana, la señorita Nelly bajaba descalza los cinco pisos por escalera, ataviada en su camisón blanco y una capa de seda transparente. En sus manos llevaba una pequeña olla de porcelana rosa pálido. A esa hora, sólo los perros callejeros notaban su presencia, pero, espantados por la visión, no ladraban, sino que sólo se atrevían a seguir de lejos a la silenciosa señorita. Ella caminaba despacio, cruzaba la calle y se internaba en los terrenos del cementerio; recorría con lentitud los pasadizos estrechos entre las tumbas, caminaba frente a los nichos. Cada tanto se paraba para tocar el suelo, hasta que encontraba lo que buscaba: un poco de tierra

húmeda. Entonces llenaba su ollita procurando evitar piedras, hojas y ramas. A veces, si la noche estaba agradable, se sentaba sobre alguna tumba y allí mismo probaba con el dedo su reciente recolección. Primero lo chupaba para humedecerlo, después lo enterraba en la ollita para luego sacarlo y llevárselo a la boca, saboreando cada gramo de tierra húmeda, con los ojos cerrados, en trance. Durante las noches de tormenta, que suelen ser furiosas desde noviembre hasta febrero, inmersa en un éxtasis incontrolable, la señorita Nelly solía quedarse horas, probando tierra de aquí y de allá, saboreando cada gramo bajo los cántaros de agua que caían sobre ella, arruinando sus rulos, corriendo su maquillaje.

El señor Higildo Romero era el sereno del cementerio. Un hombre encorvado, flaco y con poco pelo que desde hacía años trabajaba para la municipalidad velando por la tranquilidad de aquel lugar santo. Él conocía a la señorita Nelly, la vio el primer día que la joven cruzó la calle y se metió por entre las tumbas del fondo. Él la había detenido e interrogado aquella vez, y la mujercita lo había convencido de que no tenía nada de malo llevarse un poquito, sólo un tarrito de tierra a su casa. El hombre se ahorró las preguntas, prefería no saber por qué o para qué quería la mujercita un poco de tierra, total, a él no le importaba. Después de un tiempo se dio cuenta de que no era sólo al-

gunas veces, sino que todas las noches, y su presencia empezó a molestarlo.

—No se enoje, don Romerito, si no le hago daño a nadie —le decía ella, implorando compasión. Y el hombre, aunque refunfuñaba, no se podía resistir.

En el verano de 1988, el caudal del río San Lorenzo creció tanto que rompió las defensas de contención e inundó a todas las zonas aledañas. El nivel del agua se elevó a más de un metro y medio de altura, arrasando con todo lo que encontraba a su paso. Mucha gente tuvo que ser rescatada por los bomberos. Como era de suponer, la tragedia afectó también al cementerio y sus pobres difuntos. Muchos ataúdes fueron removidos por el agua y quedaron desperdigados por toda la vecindad, algunos aparecieron en los jardines de las casas, los patios, o incrustados en alguna ventana. Ataúdes abiertos, cadáveres en descomposición, fémures, cráneos, pelvis y costillas se veían flotar sobre la corriente desaforada del río hacia las zonas bajas. La señorita Nelly explotaba de éxtasis, de una pasión orgásmica que intentaba disimular. Con la excusa de ayudar a los damnificados, anduvo varios días metida hasta la cintura entre el barro y los ataúdes destruidos por la inundación.

Pero aquellos tiempos de felicidad llegaron al ocaso cuando la municipalidad mandó a construir, al año siguiente de la tragedia, la muralla alrededor del cementerio. Un paredón alto, gris y

despojado de gracia se interpuso entre Nelly y su pasión secreta. Los primeros días intentó convencer a don Romero para que la dejara pasar por la puerta principal, pero el hombre se mantuvo firme. Por fin había una manera de evitar que aquella joven desquiciada anduviera paseándose entre los muertos, comiendo tierra.

Para Nelly, aquello fue el principio del fin, un golpe letal. Primero, no lograba dormir, se la pasaba deambulando por su departamento hasta que, desesperada, intentaba trepar el paredón para cruzar del otro lado. En el intento, sus rodillas, codos y pies quedaban magullados, lastimados hasta sangrar. Entonces volvía destruida y con el ánimo vencido a su departamento. Los días también eran difíciles, pues después de tanta actividad nocturna la pobre mujer era una piltrafa, con ojeras, los pelos despeinados, sin maquillaje, sin gracia ni energía. A veces ni se bañaba para ir a dar clases, y su antes impecable porte empezó a deteriorarse. Hasta la voz le cambió, remplazando su particular agudez por un tono grave y forzado.

¡Pobre señorita Nelly! No pudo lidiar con tanta necesidad de tierra húmeda de cementerio. Intentó sustituirla por la tierra negra de sus macetas, pero no sabía igual, no la transportaba a los niveles irracionales de placer que tanto añoraba.

Una noche, cuando apenas empezaba la temporada de lluvia, la señorita Nelly dormía gracias

a los ansiolíticos que le había recetado su doctor, cuando un fuerte olor a tierra húmeda ingresó por su ventana. El vaho seductor se filtró con sigilo por sus fosas nasales y despertó suavemente cada uno de sus receptores olfativos. Ella, semidespierta, semidormida, entró en trance. Se levantó lentamente y dio unos pequeños pasos hasta alcanzar su ventana. Abrió bien las cortinas, asomó su cara de color tiza, color leche, y así, con los ojos cerrados, inspiró profundo inflando sus pulmones con aquel aroma, en éxtasis. Quiso más, quiso siempre aquel olor, así que estiró más su cuello y sus brazos hacia el lugar de donde emanaba el mágico conjuro; más, un poco más, tanto que, justo cuando el cielo se abrió y una bestial tormenta empezaba a caer, la señorita Nelly salió volando por la ventana, estirada, embelesada, hipnotizada.

La tormenta silenció el estruendo fuerte y seco que causó su cuerpo contra el cemento de la vereda, cinco pisos abajo, así que los vecinos se enteraron de lo sucedido hasta la mañana siguiente, cuando bajaron para ir a trabajar o a la escuela. Allí yacía la pobre señorita Nelly, con su camisón de seda blanca empapado de lluvia y sangre, sus brazos extendidos, el cráneo destruido y los sesos dispersados por el agua y los voraces perros callejeros.

Desde entonces, su alma vaga feliz por entre las tumbas del cementerio del pueblo. Don Higildo

Romero la vio varias veces, y le grita para espantarla. Ella se ríe, se ríe y corre, feliz, con su camión blanco y su capa de seda transparente.

Poesía a San Francisco, Valle Grande, Jujuy

Te quiero, San Francisco,
a tus cerros verdeoscuros, tus arroyos escondidos,
la robusta Pachamama presidiendo
las imponentes montañas a lo lejos.

Te quiero, San Francisco,
porque sos testigo de encuentros,
de historias profundas y cuentos que meten miedo,
de risas interminables, y leyendas del universo.

Te quiero, San Francisco,
porque aquí guardamos a los nuestros,
el amor puro, los abrazos,
las lágrimas más dulces, que salen sin esfuerzo.

Mientras nos vamos yendo, cada uno a su morada,
cuida las memorias, que sembramos en tu suelo,
los deseos, anhelos
y algún que otro plan secreto.

Volveremos, San Francisco,
más grandes, más viejos,
Seremos todos,
¿seremos menos?

Riega con tu lluvia generosa, nuestros bellos re-
cuerdos,
que crezcan entre tus flores, en el corazón de algún
limonero,
pues ya está hecho el pacto de fuego:
siempre volveremos, a nuestro San Francisco
eterno.

Una noche en Buenos Aires

A mi amada Matesha y su Rudy lindo.

"Las callecitas de Buenos Aires tienen ese perfume a no sé qué..." me dice Rudy mientras cruzamos la esquina de calle Esmeralda y Avenida Corrientes en una tarde de febrero de pleno sol y con treinta y seis grados de calor. Por suerte hoy es sábado, porque de lunes a viernes esta zona es intransitable; miles de personas van y vienen a toda velocidad, hablando por teléfono, corriendo contra el tiempo. Los autos despiden gases y olores, se abren paso a bocinazos por estas calles estrechas. Las veredas angostas complican el ir y venir desquiciado de gente que choca unas con otras. Yo evito exponerme a ese caos. Apenas bajo del subte, camino dos cuadras y me encierro en mi oficina desde las ocho de la mañana hasta las cinco o seis de la tarde, cuando emprendo el regreso a casa.

—¡Ese "no sé qué" es olor a mierda, Rudy! —le contesto y largo una carcajada que me sale del alma.

—Callate, boluda, no me rompas el enamoramiento, yo sueño con estas calles, sueño que las camino como ahora, respirando profundo su aroma tan particular. Calles con historia, mi historia, mi tierra.

No le digo nada y seguimos caminando. "Está loco", pienso, y le aprieto la mano con fuerza. No se puede extrañar esto.

Hace unos siete años que Rudy se fue del país. Me parece que cada vez extraña más. Llegó hace una semana. Vino al cumpleaños de su hija que ya cumplió quince. ¡Qué rápido pasó el tiempo! Pensar que, cuando lo conocí, la nena recién empezaba a caminar.

Como cada vez que viene, se queda conmigo en mi departamento. Su familia no sabe que seguimos en contacto, casi que no existo para ellos. A esta altura ya no me duele. Por suerte él puede venir una semana al año y disfrutamos al máximo de ese tiempo juntos. Después me la paso sola hasta su siguiente visita, eso sí que es duro. Yo lo quiero, y él a mí también. No he podido encontrar a otra persona que me complete como él, sospecho que se debe a que realmente no quiero conocer a nadie más. No estoy tan mal de todas maneras. Es el destino que me toca.

Nos pasamos la tarde recorriendo la ciudad, la Plaza de Mayo, San Telmo. Nos tomamos un helado de dulce de leche en un bar frente a la plaza Dorrego mientras disfrutamos viendo a una pareja bailar La Cumparsita.

Como a las ocho nos vamos caminando lentamente por la calle Piedras hacia Avenida de Mayo. Cuando llegamos a la esquina, a Rudy se le ilumina la cara y acelera el paso. "Café Tortoni", se lee en un cartel colorido.

—Dale, apurate que llegamos para el vermouth —dice Rudy y me tironea de la mano hasta entrar.

Nos sentamos donde siempre, en una mesa al fondo pegada a la pared. Ordenamos dos vermouth y una picada para compartir, "con doble porción de pan, por favor". Al fondo, una pequeña banda de orquesta típica empieza a tocar "El día que me quieras" y Rudy se echa hacia atrás, cierra los ojos y tararea la letra con clara emoción y sentimiento. Lo miro y me da ternura. Pobre flaco, de verdad extraña mucho. Ya estamos grandes para andar sufriendo, me dan ganas de decirle: "¡Volvete, Rudy, vivamos juntos, disfrutemos lo que nos queda de vida...!" Pero no me sale, y me quedo mirando sus canas plateadas, sus arrugas nuevas, las lágrimas que caen de sus ojos cerrados.

Finalmente, el mozo nos trae la picada y nos dedicamos a brindar, comer y conversar de temas tan variados que van de libros y música a chisme-

ríos de familias y amigos. Es la única persona en el mundo con quien disfruto tanto charlar y compartir tiempo sin estar mirando el reloj o el celular.

Son las doce de la noche cuando salimos a la calle, abrazados y satisfechos, al encuentro de una hermosa y cálida noche. A esta hora en la Avenida de Mayo no hay ni un alma. Sólo algunos turistas salen de los bares de la zona, como nosotros. Damos unos pocos pasos y desde la vereda escuchamos los primeros acordes de "Adiós, Nonino", que la orquesta empieza a tocar adentro. Rudy se detiene, gira sobre sus talones y vuelve hacia la puerta del Tortoni. Nuevamente cierra los ojos, compenetrado en la música. Yo lo miro y me emociona verlo así, tan frágil, tan sensible, tan mío. Me abraza fuerte, me besa. Tararea la melodía, acerca su boca a mi oído y me dice:

—Tengo cáncer, Negrita, es mi último viaje a Buenos Aires, ya no vuelvo.

El tiempo se detiene aquí, la vida se me pone en pausa, la respiración se corta, la vida duele. Nos abrazamos y lloramos juntos, por todo lo que nos queremos, por todo lo que hicimos y lo que no hicimos, por lo que nunca pasará. Así de repentinas y absurdas terminan algunas historias.

Agradecimientos

A mi profesora Nora Lizet Castillo, que apoyó mis ideas, me ayudó a mejorar y corrigió algunos de mis cuentos.

A mi esposo, mis hijas, mis hermanos, mi mamá y papá, mis amigas Florencia, Pilar, Mariela y Rita, que leyeron y opinaron religiosa y subjetivamente todos mis relatos.

A mis amigos compañeros del Club de Escritores, por la familia que formamos, por ser críticos, y por levantar tanto la vara, que cada reto ha sido un desafío para mí.

Índice

<i>Prólogo</i>	5
<i>Presentación</i>	9
Calilegua y su famosa sala	13
El familiar	21
La abuela que volaba	27
La excelencia en las montañas	33
La Miguelina	39
Un cumpleaños inolvidable.....	49
El famoso Pipas.....	53
¿Dónde está Carolyn?.....	59
El cuarto pozo.....	63
El Toro enamorado de la Luna	67
La Cilantro y Lino	71
La sorpresiva muerte de Rosita Soria.....	75
Mameta.....	79
La impecable señorita Nelly y su gusto tan peculiar	85
Poesía a San Francisco, Valle Grande, Jujuy	93
Una noche en Buenos Aires	95
<i>Agradecimientos</i>	99

